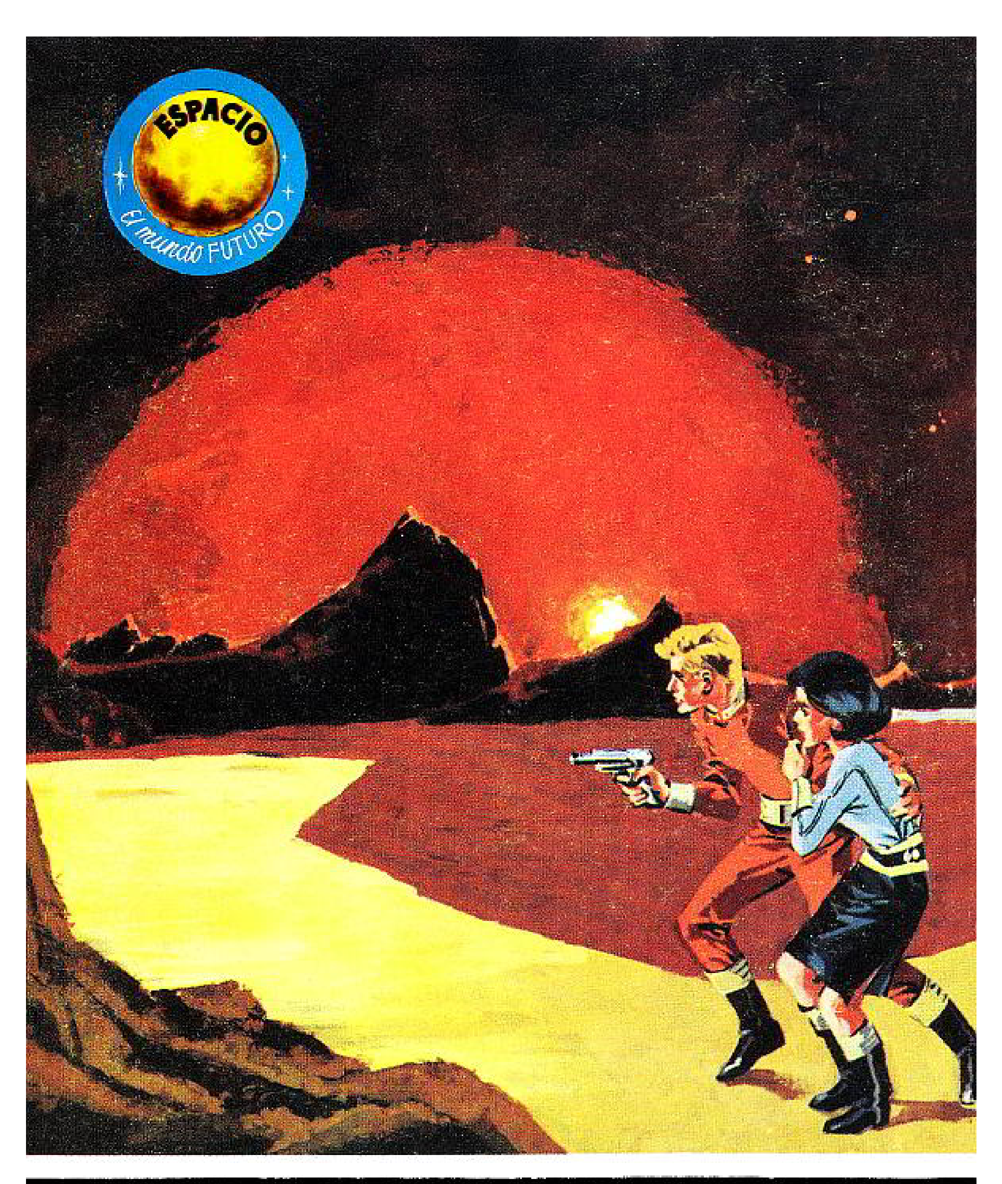


PLANETA EN SPACIOSCOPE

LAW SPACE

Para que Akra fuese a visitar la máquina-doctor, era necesario que estuviese preocupado. Y lo estaba. Aquella mañana, mientras el pálido sol derrochaba una luz mortecina sobre el planeta, Akra había despertado con la idea de que las cosas no iban nada bien en el interior de su cerebro. Por eso, después de desayunar, echó mano al visotelepatófono para ponerse en comunicación con su hija Desma y su esposo Ornuz, a los que citó a la entrada del edificio que ocupaba la máquina-doctor.

Sorprendida, alarmada casi, Desma besó a su padre y luego, mientras éste estrechaba la mano de Ornuz, le preguntó:

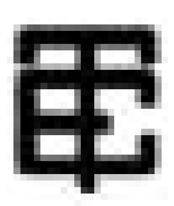
—¿Te encuentras mal, papá?



Law Space

Planeta en spacioscope

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 334



ePub r1.0
LDS 16.01.19

Título original: *Planeta en spacioscope*
Law Space, 1964
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




PLANETA en
SPACIOSCOPE

CAPÍTULO PRIMERO



kra estaba tendido en el lecho de reconocimiento de la máquina-doctor. Había elegido aquélla, la número siete, que ocupaba un edificio entero en las afueras de la ciudad marciana. Era la más recientemente construida, y la fecha de su montaje debía de remontarse a unos quinientos cincuenta años atrás.

Para que Akra fuese a visitar la máquina-doctor, era necesario que estuviese preocupado. Y lo estaba. Aquella mañana, mientras el pálido sol derrochaba una luz mortecina sobre el planeta, Akra había despertado con la idea de que las cosas no iban nada bien en el interior de su cerebro. Por eso, después de desayunar, echó mano al visotelepatófono para ponerse en comunicación con su hija Desma y su esposo Ornuz, a los que citó a la entrada del edificio que ocupaba la máquina-doctor.

Sorprendida, alarmada casi, Desma besó a su padre y luego, mientras éste estrechaba la mano de Ornuz, le preguntó:

—¿Te encuentras mal, papá?

—No creo que sea nada grave, Desma —repuso el hombre—. La verdad es que estoy como apagado desde hace algún tiempo. No tengo interés por nada. Este falso cansancio me irrita y me preocupa.

Intervino Ornuz.

—Haces bien, papá —dijo—. Casi apostaría a que la máquina-doctor te sugerirá unas vacaciones.

Akra se encogió de hombros.

Era un hombre alto, un magnífico ejemplar de la raza marciana. Tenía los cabellos ligeramente plateados en las sienes y el rostro cetrino, bien formado, con unos ojos de intenso color azul. Llevaba con gallardía la túnica que correspondía a su estado, una larga tela de color verde oscuro, que señalaba a los demás su condición de viudo. La linda túnica que cubría el hermoso cuerpo de Desma era, como la de Ornuz, de color azul claro.

Después de una pausa, Akra dijo:

—He querido que me acompañaseis. Podéis estar conmigo en la sala de reconocimiento. La verdad es que no deseaba estar solo.

—Pues podemos ir cuando quieras, papá —dijo Ornuz.

Una vez dentro del edificio, que se componía de una gran sala, de dimensiones enormes, Akra se dirigió sin vacilar hacia la cómoda cama de reconocimiento, donde se echó, después de meter por una rendija, que estaba al alcance de su mano, la ficha metálica donde constaba su nombre y su número de ciudadano de Marte. La placa produjo un ruido al penetrar por la ranura y, casi instantáneamente, empezaron a encenderse una serie de luces, lo que significaba que la máquina-doctor estaba poniéndose en movimiento.

Largos brazos metálicos, dotados de manos cuyos dedos estaban recubiertos de fina y delicada espuma, desnudaron por completo a Akra y luego empezando a maniobrar sobre su cuerpo, aportando extraños aparatos para el reconocimiento de la anatomía del marciano.

Potentes lentes que proyectaban rayos de distinta penetración, analizaron su cuerpo y obtuvieron fotos de su interior, gracias a las inyecciones de contraste que otras manos metálicas pusieron en distintas partes del organismo de Akra.

Unas agujas finísimas penetraron en sus venas, en su columna

vertebral, en su abdomen, para extraer líquidos, sangre y plasma, que el dispositivo electrónico analizaba a gran velocidad.

Terminada la primera parte de la observación, una pantalla descendió del techo y se colocó a poca distancia del rostro de Akra. En ella se proyectaron distintas imágenes, complejas líneas, paisajes desconocidos que el examinado tuvo que analizar, respondiendo a cuantas preguntas le iba haciendo el misterioso mecanismo de la máquina.

Entre tanto, la pareja, cómodamente sentada en uno de los extremos de la sala, seguía con gran atención la marcha del examen que de Akra estaba haciendo la máquina-doctor. Se dieron perfecta cuenta de que todo el principio había sido dedicado al análisis del organismo del hombre, y que ahora, sirviéndose de ruidos, de colores, de sustancias que se vertían cerca de los orificios nasales de Akra, la máquina-doctor estaba ultimando un estudio completo de los sentidos y del fondo psicológico del paciente.

Durante cerca de tres horas, la máquina funcionó sin descanso, ahondando cada vez más en el organismo de Akra. Por último, la mesa de examen se dobló, convirtiéndose en una cómoda silla, de fondo de espuma, al tiempo que empezaba a apagarse muchísimas de las luces que habían estado encendidas durante la larga observación. Akra sabía que no debía moverse todavía y esperó, pacientemente, a que la máquina manifestase su diagnóstico.

En efecto, instantes después, una voz profunda, pero clara, salió de uno de los altavoces que estaban situados cerca de la mesa de observación.

—Hay un descenso del tono vital —dijo la máquina—. Inatención casi completa, falta de interés debido, con toda seguridad, a un repliegue de la personalidad sobre sí misma. El mal no es grave, a menos que el estado de cosas siga prolongándose de manera indefinida. Consideramos que el mejor tratamiento sería el de unas vacaciones, fuera de la constante tranquilidad de nuestro planeta. Sugerimos para el paciente un viaje al Tercer Planeta, cuyos habitantes poseen cualidades que divertirán, sin duda alguna, a Akra, proporcionándole un interés que le curará por completo.

Todas las luces se apagaron.

Akra se levantó de su sillón y avanzó hacia sus hijos, con una sonrisa en los labios.

Ornuz, con una luz de triunfo en los ojos, le dijo:

—Ya lo has visto, papá. No me había equivocado.

—Es cierto, hijo.

—Marte es demasiado tranquilo para ti —dijo Desma—. Para ti y para todos. Hemos conocido un estado de supercivilización en el que todo está hecho y donde no existe la posibilidad del menor esfuerzo. También nosotros, mi marido y yo, hemos empezado a experimentar esa especie de cansancio mental, ¿no es cierto, Ornuz?

—Así es, cariño.

—¿De veras? —se interesó Akra.

—Sí —repuso el joven—. Por eso, papá, mientras te estaba observando la máquina-doctor, Desma y yo hemos hablado.

—Y ¿puede saberse de qué?

—¡Claro que sí! —respondió ella—. Como estábamos seguros de que la máquina iba a aconsejarte unas vacaciones fuera del planeta, Ornuz y yo hemos pensado que lo mejor sería acompañarte.

Una sensación de alegría penetró en el corazón de Akra.

—¡Eso es magnífico! —exclamó.

—¿De veras te agrada? —preguntó Ornuz.

—Desde luego que sí, hijo mío. Incluso ese viaje, deseándolo de todo corazón, me daba un poco de miedo. La soledad en una astronave, aunque acompañado por todo lo que nuestra civilización nos ha dado, me hubiera resultado verdaderamente insoportable.

—Entonces —intervino la muchacha—, ya puedes contar con nosotros. ¿Cuándo partimos?

—Cuando queráis.

—Cuanto antes —precisó Ornuz—. Esta misma noche, si queréis, podemos dirigirnos al espaciódromo y alquilar allí una buena astronave que nos lleve a la Tierra. Tú ya estuviste allí, ¿no es cierto, papá?

Akra sonrió.

—Fue hace muchos años —dijo— y me limité a sobrevolar algunas de esas curiosas ciudades terrícolas. Era un viaje de diversión, con algunos amigos. Desma era demasiado pequeña para que nos acompañara. Por eso la dejamos en casa.

—Y ¿es interesante la Tierra? —inquirió la joven.

—¡Bah! —replicó Akra—. Mis recuerdos, como acabo de deciros, son muy limitados. Pero he hablado mucho con amigos que han

estado con frecuencia allí. Es una especie de enorme manicomio, una casa de locos de dimensiones considerables. Pero os gustará, estoy seguro.

Cogidos del brazo, abandonaron la casa de la máquina-doctor, y dirigiéronse primeramente al domicilio de Akra para que éste preparase su pequeño equipaje. Luego acompañó a los jóvenes al sitio que ellos habitaban y, por último, los tres, ya con los equipajes dispuestos, se dirigieron al espaciódromo que estaba situado a unos doscientos ochenta kilómetros de la ciudad y a donde se trasladaron en un turboauto que Akra había regalado a la pareja el día en que se casaron.

Ellos, Desma y Ornuz, estaban contentos como niños con zapatos nuevos. En cuanto a Akra, la desgana se leía en su rostro y la verdad era que no estaba muy entusiasmado; incluso dudaba que pudiera divertirse en aquel planeta, poniendo en tela de juicio la precisión del diagnóstico que acababa de hacer sobre él la máquina-doctor.

* * *

Con un gesto de franca desesperación en su macilento rostro, pasándose la mano por la calva, que se extendía desde la frente a la nuca donde, estrecha y descolorida, aparecía una franja de cabellos rubios, Fred Mattison se apoyó con la otra mano en el hombro de su ayudante, Charles Olson, lanzando un profundo suspiro.

—¡No puedo más, Charles! ¡No puedo más!

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Olson.

—¡Lo de siempre! ¡Es horrible! Hago todo lo posible por complacer a mis artistas, me paso las noches despierto, hablando con el escenarista para garantizar la máxima seguridad a los actores…

Y ¿cómo me lo agradecen? Ahora mismo, hace unos instantes, Linda ha hecho que me comunicasen que no está dispuesta a subir en esa astronave porque teme que los cables se rompan.

—Pero ¡eso es absurdo!

—Claro que lo es. Pero ¿qué quieres que haga, Charles? Hay más de ocho millones de dólares comprometidos en esta producción. Es la primera vez que va a hacerse en el mundo del cine siguiendo el

nuevo procedimiento de «spacioscope». Algo nuevo, maravilloso, inédito. El productor me encarga la realización de esta película, sabiendo que puede tener confianza en mí. Yo elijo a los mejores artistas, después de meses y meses de reflexión. Me decido finalmente por Alan Colster, Douglas Marlow y Linda Thorer. Y ¿qué ocurre? Alan y Douglas no pueden verse ni en pintura. En cuanto a Linda, esa especie de serpiente elegante, me crispa los nervios, me corta las escenas y me hace repetir las secuencias con una frecuencia verdaderamente ruinosa.

Y cuando todo está dispuesto, cuando he gastado un montón de cientos de miles en garantizar el movimiento de esa astronave, me viene con el cuento de que no tiene seguridad en ello y que no está dispuesta, en modo alguno, a subir a ese aparato.

Hizo una pausa y luego, con un profundo suspiro, dijo:

—¡Ay, amigo mío! A veces me entra una desesperación terrible. Si no amase mi profesión como la quiero, mandaría todo a paseo, pero antes pasaría por los camerinos de esos tres estúpidos y, después de abofetear a Alan y a Douglas, le daría una formidable azotaina a esa histérica y mimada de Linda Thorer.

—No puede usted hacerlo, maestro. La película está ya bastante avanzada.

—¡Eso es lo más trágico! Faltan tres semanas para terminar. Hemos dejado para lo último las escenas de la llegada de la astronave a la Tierra y aquéllas en las que había alguna dificultad. Hasta ahora no han rodado más que interiores, insípidos interiores, secuencias que cualquier extra hubiese llevado a cabo sin presumir tanto como esos tres estúpidos. ¿Qué quieren? Yo tengo que hacer filmar la astronave y ellos deben estar en el interior. Después de todo, saben tan bien como yo que no van a correr peligro alguno. Ese aparato está suspendido a las grúas del estudio por cables de tres pulgadas de espesor. ¡Bastante trabajo tendrán en el laboratorio para borrar todos esos cables después! ¡No querrán que los lleve con mis propias manos! ¡Es increíble!

Charles Olson asintió con la cabeza.

Era un muchacho alto, de aspecto agradable, elegantemente vestido. Llevaba más de cinco años trabajando con Fred Mattison. Y si éste lo quería a su lado, no era sólo por la inteligencia del joven Charles, sino por aquella habilidad extraordinaria que tenía con las

artistas difíciles, con los «astros» de primera fila, a los que convencía de manera extraordinaria.

Ahora, recordando las cualidades de su ayudante, Mattison volvió una mirada implorante, de cordero a medio morir, hacia él:

—¡Ayúdame, Charles! Yo sé que Linda está enamorada de ti.

—¡Por favor, señor Mattison!…

—Llamemos al pan, pan, y al vino, vino. No nos engañemos, Charles. Le has causado una profunda impresión a esa histérica de tres al cuarto. Ésa es la verdad. Ella te quiere. Es una mujer caprichosa, estúpida, a la que nunca te aconsejaría unirte. Pero se ha encaprichado de ti. Y ahora podemos hacer valer esos sentimientos para convencerla de que en la astronave no correrá peligro alguno, de que unos cables tremendamente gruesos van a sostener el aparato mientras desciende hacia el suelo, que todas las precauciones han sido tomadas, que su preciosa vida no correrá el menor peligro…

Echó mano al vaso de *whisky* que tenía delante y se lo bebió de un trago.

Luego volvióse hacia Charles, que seguía mirándole con intensidad, y le preguntó:

—¿Y bien?…

Olson hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—De acuerdo, señor Mattison; iré a verla. Pero la verdad es que se me pone la carne de gallina al pensar que tengo que visitarla.

—¿No la encuentras agradable?

Olson sonrió.

—Es la mujer más hermosa que he visto —asintió—. Pero todo lo que tiene de bello, todo lo que ofrece su cuerpo maravilloso, se limita a eso; a su cuerpo. Cuando distribuyeron las buenas cosas, no la olvidaron más que en una; en poner algo de cerebro dentro de su hueca cabeza.

—Estoy de acuerdo contigo, muchacho. Pero no hay más remedio que sacrificarse. ¿Vas?

—Voy.

Mattison estrechó con fuerza la mano de su ayudante.

—¡Si no fuera por ti!… Luego, cuando hayas visto a esa serpiente de cascabel, pasa por los camerinos de esos dos necios y diles que se preparen. Hace poco me mandaron un recado para

comunicarme que, si Linda no se decidía subir a la astronave, ellos tampoco lo harían. ¿Cómo pueden ser tan imbéciles? Si el público conociese su verdadero carácter, les tiraría ladrillos en vez de pedirles autógrafos. Triste fenómeno la publicidad de nuestros tiempos. La gente se muere por ver a esos tres idiotas, y yo daría todo lo que poseo porque desapareciesen de la superficie de la tierra.

Y mientras Olson se alejaba, atravesando la superficie repleta de cables, de máquinas, de cámaras y de focos, Fred Mattison se dejó caer en su sillón, en cuyo respaldo habían pintado la palabra director y su nombre, lanzando un profundo suspiro. Llenó de nuevo el vaso de *whisky* que siempre tenía al alcance de sus manos.

—¡Es triste! —Manifestó, como si hablase para sí mismo—. Tres muñecos que no valen un dólar cada uno, y la gente se muere por verlos. Y lo peor de todo es que el público los cree inteligentes, decididos, valientes, hermosos. Les ve hacer mil cosas maravillosas, ignorando que todo son trucos, que cuando saltan por un abismo, ese abismo no tiene más de cincuenta centímetros, que si con el torso desnudo muestran una anatomía perfecta, es gracias a la grasa que ponemos en su piel y a la pasta que el maquillador coloca para hacer resaltar unos falsos músculos. ¡Falsos músculos! ¡Falsa valentía! ¡Todo falso! Esto es el cine y, sin embargo, Señor, es lo que más me gusta en la vida, lo que más me entusiasma. ¡Lástima que los artistas no tengan esa personalidad decidida de los extras! Ellos están dispuestos a sacrificarse, a saltar de donde sea, a correr cualquier peligro. Y son los que menos ganan. Mientras esa banda de cretinos, melosos e hipócritas se creen alguien. ¡Es como para morirse de asco!

Y, después de beberse un nuevo vaso de *whisky*, se sirvió otro, dispuesto a buscar en el alcohol un derivativo que apagase un poco, por lo menos, la cólera que le corroía por dentro.

CAPÍTULO II


entada delante de la pulida superficie del espejo, Linda Thorer se acariciaba con dulzura los largos cabellos rubios, que le caían en cascada sobre los bien torneados hombros.

Su mirada crítica recorría implacablemente la imagen que le devolvía el espejo. Sus agudos ojos miraban cada centímetro de su piel tersa y fina con un profundo espíritu crítico, satisfecha y temerosa al mismo tiempo, como cualquier criatura humana que basa la eterna felicidad en la belleza de su cuerpo.

Y era hermosa.

Así se lo decía a sí misma en aquellos momentos. Sus ojos, grandes, azules, rasgados, poseían una profundidad impresionante. La nariz era respingona, pero perfecta. Y bajo ella, los labios cuidadosamente maquillados dibujaban una línea correcta, poniendo la dosis exacta de sensualidad mezclada con una nota de ternura, que el maquillador había sabido conseguir de manera

perfecta.

Aquel rostro, aquel bonito rostro, causaba sensación en las cinco partes del mundo. La gente se agolpaba delante de las taquillas en cuanto se anunciaba una película en la que intervenía la inmortal Linda Thorer. Y ella, la verdadera Linda, se extasiaba ahora ante su propia imagen, satisfecha de su perfección, endiosándose de manera sublime, comparándose con todas las artistas de su tiempo y de las que le habían precedido, llegando a la conclusión de que ella, como en aquel espejo de la mala madrina de Blancanieves, era la única, la más hermosa de todo el universo.

Sí. Era bella.

De vez en cuando, sin dejar de contemplarse, lanzaba un profundo suspiro, fruncía el ceño, arrugaba un poco la boca, movía la cabeza de un lado para otro, sin dejar de observarse, lanzando ojeadas a los otros dos espejos que la reflejaban de perfil, para no perder detalle de su fisonomía, de su expresión, de aquello que la había hecho famosa en todo el mundo.

Así, desde la puerta entreabierta, la contempló unos instantes Charles Olson. Y le dieron náuseas. Porque el narcisismo de la artista era desesperante. Mientras la contemplaba, Charles se percató de que sólo una mujer con la cabeza hueca, una criatura estúpida empujada a la fama por la ignorancia de las masas, podía contemplarse de aquella manera, absorta y emocionada, como si estuviera frente a una diosa, ante la que sería capaz de postrarse de hinojos, pidiendo perdón a la humanidad entera por ser la más hermosa de todas las mujeres.

Venciendo la repugnancia, Olson golpeó discretamente en la puerta.

Sobresaltada, Linda no se volvió, sin embargo. El espejo era lo suficientemente amplio para ofrecerle una vista completa de su cuidado y elegante camerino. Inclinó la cabeza lo justo para ver la alta silueta de Charles que se dibujaba en la puerta entreabierta. Entonces sonrió. Lo hizo mirando con un ojo a su visitante y con otro al espejo, para sorprender en la pulimentada superficie el efecto de aquel gesto que había adoptado, entré teatral y ridículo.

—¡Pasa, Charles! ¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

Olson penetró y cerró la puerta tras él. Luego avanzó cautelosamente hacia la muchacha, con el mismo cuidado que lo

hubiera hecho de haberse acercado a una serpiente de cascabel.

—¡Qué hermosa estás, Linda!

—¿De veras? —preguntó ella, echando una nueva ojeada al espejo.

—Sí. Nunca te he visto tan hermosa. ¿Puedo sentarme?

—¡Naturalmente! Tú eres el único que me comprendes, Charles. Y en estos momentos, te lo juro, estaba pensando en ti. No, no me mires así. Si estaba contemplándome en el espejo era para no asustarme. ¡No puedes imaginarte lo que me afean los disgustos! ¡Y ese necio de director no hace más que darme disgusto tras disgusto! ¡Es espantoso! ¡Inconcebible!

Con un esfuerzo supremo, Olson logró sonreír.

—Te comprendo, Linda. Yo también tengo que confesarte una cosa.

—¿Qué? —se interesó ella.

—Acabo de reñirle.

—¿A ese monstruo?

—Sí. Le he dicho que no hay que tratarte de esa manera. Claro que él está sumamente cansado, agotado…

—¡Ojalá estuviese muerto!

—No digas esas cosas, Linda. Es el mejor director de cine que existe actualmente. Y lo demuestra el hecho de que te eligiera, entre todas, para que hicieras esta película.

—¡No tenía más remedio! Soy la mejor, Charles. Y la más hermosa.

—Es cierto.

—¿Entonces?…

—Él es también muy bueno, amiga mía. Pero cálmate, por favor. Ya te he dicho que le he reñido. Le amenacé con mi dimisión.

—¿De veras hiciste eso?

—De veras.

—¡Eres un ángel! Pero no te preocupes; si te marchas de aquí, yo te apoyaré. A mi lado, nada te faltará, Charles. Ya lo sabes.

—Muchas gracias, Linda. Pero déjame que siga explicándote. Le regañé, estuve muy duro con él. Luego le dije que iba a examinar detenidamente el montaje de esa astronave. Y que si encontraba algún defecto, por muy pequeño que fuera, presentaría mi dimisión y le denunciaría a las autoridades, a los periódicos, por intentar

poner en peligro la vida de una artista como tú.

—¡Qué maravilloso abogado mío eres!

—Es que sé lo que vales, Linda. Por eso fui a la astronave.

—Y ¿qué?

—Lo examiné todo con mucho cuidado, Linda. Los cables, el mecanismo de las grúas, todo. No dejé nada sin mirar, sin observar y calibrar con toda atención.

—Y ¿encontraste algún defecto?

—Ninguno. Tomé mis precauciones, claro está. Hice mover la astronave, de un lado para otro, examinando la tensión de los cables. Todo marcha perfectamente. Volví a ver a Mattison y le dije que estaba de acuerdo, que todo marchaba perfectamente bien, pero que tuviese mucho cuidado. Y que antes de que tú realizases cualquier secuencia, yo sería quien observase y estudiase las seguridades de los escenarios, antes de que tú pusieras el pie el ellos.

—¡Eres maravilloso!

—Por eso puedes estar segura, de aquí en adelante, Linda, de que todo marchará bien. Yo seré tu asesor. Y cuando yo te diga que puedes ir a un sitio, puedes hacerlo con toda confianza.

—¡Naturalmente que sí!

—¿Tienes confianza en mí?

—¡Completa! ¡Qué tonto eres! ¡Sabes cuánto te aprecio!

—Gracias, Linda. Para mí es un honor. Por eso quiero convertirme en tu asesor. ¿Te agrada mi idea?

—¡Me encanta!

Él se levantó, acercóse a ella y le acarició los largos y sedosos cabellos rubios.

—Entonces, Linda —dijo, con voz en la que puso toda la emoción posible—, puedes rodar esa escena cuando quieras.

—Cuando tú quieras, Charles.

—Entonces, prepárate. Voy a prevenir a Alan y a Douglas. En seguida volveré a tu lado. Te acompañaré hasta la astronave. De aquí en adelante, yo me preocuparé de tu completa seguridad.

Ella hizo un estudiado mohín.

—¡Eres un sueño, Charles!

Cuando abandonó el camerino de la actriz, Olson tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que la náusea que tenía en la garganta

saliese triunfante.

* * *

Surcando el espacio, la astronave avanzaba a gran velocidad hacia el Tercer Planeta.

En el salón central del cosmonavío, los tres astronautas permanecían inmóviles, silenciosos, sabiendo que los mecanismos electrónicos del mando automático se ocuparían por completo de la marcha del navío. A través de los grandes ojos de buey que se abrían en el salón circular, el fondo negro y estrellado del cosmos parecía inmóvil.

Sin embargo, la astronave se desplazaba a más de cuarenta y cinco mil kilómetros por hora, en marcha libre, tragándose la distancia que le separaba de la Tierra.

Bostezando, Akra se volvió hacia su hijo político y le preguntó:

—¿Sabes si falta mucho para que el viaje acabe?

—Un momento —dijo Ornuz—. Voy a la cabina. En seguida vuelvo.

Momentos después regresaba, sonriente. Se dejó caer en el sillón y dijo:

—Dentro de hora y media estaremos sobrevolando el planeta.

—Perfecto —repuso Akra.

Luego se volvió hacia su hija e inquirió:

—¿Te encuentras bien, pequeña?

—Perfectamente, papá. Pero lo cierto es que estoy impaciente.

—¿Por qué?

—Porque tengo muchísimas ganas de conocer ese curioso planeta. ¡He oído hablar tanto de él!…

—No te entusiasmes demasiado, hija mía —le previno Akra—. Ya te he dicho que lo visité en una ocasión, aunque nuestra astronave no se posó en su superficie. Pero, gracias a los aparatos de televisión, pudimos contemplar la ida y venida de las gentes en una gran ciudad, recuerdo que se llamaba San Francisco o algo así. ¡Una verdadera locura!

—¿Por qué? —preguntó Ornuz.

—Por todo. Es un mundo donde la prisa se ha convertido en una especie de motor vital. La gente va de un lado para otro, corre,

tropieza, se empuja, como si fuera a llegar tarde a algún sitio. ¡Pobrecillos! Están todavía en la primera fase de desarrollo, no viven más de unos sesenta o setenta años de su planeta, son atacados por cientos de enfermedades que nosotros hemos suprimido hace mil años, se desarrollan en una sociedad de tipo económico, como aquellas primitivas de hace quince mil años que hubo en Marte. Y se consideran civilizados. Son orgullosos, hipócritas, ambiciosos, profundamente estúpidos. Un pueblo que ofrece tantas curiosidades y tantos divertimientos como los de cualquier jardín zoológico de Marte.

—Pero ¡son seres como nosotros! —intervino la muchacha.

—Ya lo sé. Pero hay que precisar más, hija mía. Son como nosotros… hace cuatro o cinco mil años. Apenas han empezado ahora la investigación del espacio. Pero, si has leído nuestra historia, mi querida Desma, recordarás que nosotros hicimos las cosas de manera más pausada, sin enorgullecemos de nada. Sabíamos que poseíamos una inteligencia superior, que estábamos destinados a una evolución rapidísima. Pero jamás sufrimos el menor engolamiento. Nunca nos consideramos como los reyes de la Creación. Ya verás, hija mía…

—¡Estoy deseando ver, papá!

—Tiempo tendrás, Desma. Es un mundo de locura, te lo aseguro…

La nave prosiguió su camino y ellos su conversación. El tiempo pasó con gran rapidez y muy pronto el cosmonavío estuvo en órbita alrededor de la Tierra. Los mecanismos automáticos produjeron el resto, haciendo que el cosmonavío penetrase en la atmósfera a una velocidad limitada para evitar el calor del roce y la dilatación de los metales que cubrían la cápsula. Luego, blandamente, sirviéndose de sus motores de frenaje, la nave fue penetrando en la atmósfera terrestre, girando alrededor del planeta a una velocidad menos intensa que antes, acercándose progresivamente a la superficie del Tercer Mundo.

La noche y el día se sucedían, todavía, con un ritmo acelerado. Los viajeros habían fijado en las coordenadas del aparato la posición de aquella ciudad que Akra había conocido y a la que recordaba vagamente con el nombre de San Francisco. El aparato estaba dispuesto a mantenerse a unos dos kilómetros de altura, de

manera que los viajeros pudieran observar la ciudad terrícola antes de decidirse a posar la astronave en algún sitio aparte, donde podría mantenerse escondida gracias a los maravillosos procedimientos de camuflaje que la hacían prácticamente invisible.

Pero, entonces…

De repente, la luz roja de alarma se encendió en el salón. Ornuz se precipitó hacia la cabina de pilotaje y repasó rápidamente las esferas donde se marcaba la marcha de los distintos aparatos del cosmonavío. En realidad, el joven no comprendía absolutamente nada de todo aquello y se quedó en pie, con el ceño fruncido, sin saber qué hacer. Percibió perfectamente la presencia de Akra y de su hija, que habían venido a la cabina para observar lo que marchaba mal.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre con inquietud.

—No lo sé, papá —repuso Ornuz—. Algo debe marchar mal.

—¡Qué fastidio! Si tuviéramos que posarnos en algún lugar habitado, sería escandaloso. El Artículo Cuarto de la Ley General del Universo nos prohíbe entrar en comunicación directa con los seres de otro planeta. Seríamos castigados.

—¿Incluso si no es culpa nuestra? —Se rebeló la muchacha.

—No lo sé, hija mía. Oye, Ornuz…

—¿Qué, padre?

—Aprieta el botón de regreso. Es mejor que volvamos a Marte y que allí observen lo que ha ocurrido en la astronave. ¿No os parece?

—Sí —repuso el joven.

Avanzó hacia el cuadro de emergencia y oprimió el botón para que la nave regresara velozmente a Marte. Pero nada funcionó. Es decir, el cosmonavío empezó a girar vertiginosamente alrededor de su eje, lanzando a los astronautas contra las paredes, donde se golpearon con tanta fuerza que quedaron sin conocimiento.

Era evidente que algo marchaba mal, pero que muy mal.

CAPÍTULO III


l encontrar vacío el camerino de Douglas Marlow, Charles supuso, sin temor a equivocarse, que Marlow estaba junto a Alan Colster. Así, se dirigió al camerino de este último, en cuya puerta golpeó con los nudillos.

—¡Adelante! —le invitó la voz de Alan desde el interior del camerino.

Olson entró.

Los dos artistas estaban sentados en sendos y cómodos sillones, cada uno de ellos con un cigarrillo en los labios y un vaso de *whisky* al alcance de la mano. Los dos miraron de la misma manera impertinente a Olson que, sin hacer ningún caso, se acercó a ellos y ocupó el tercero de los sillones que rodeaba, junto a los otros, la minúscula mesa que sustentaba la botella, los vasos y un amplio cenicero.

Alan Colster debía de tener cuarenta y cinco años de edad. Era alto, esbelto, con las sienes ligeramente plateadas. El otro, Douglas

Marlow, no debía de tener más de veinticinco y era casi tan alto como Alan, bien formado, con los ojos oscuros y el cabello del mismo color. Ambos iban vestidos con sendos trajes de astronauta con los que debían rodar las escenas de la película que dirigía Fred Mattison.

—¿Y bien? —preguntó Alan, rompiendo aquel molesto silencio que se había instalado en el camerino.

—Hay que empezar a rodar en seguida —dijo Charles, sin andarse por las ramas—. Hemos perdido demasiado tiempo.

—Y ¿qué dice Linda? —intervino Douglas, con una voz ligeramente afeminada.

—Acabo de verla —repuso Olson—. Está de acuerdo. Todo se ha arreglado.

Alan dejó que una sonrisa impertinente se dibujase en sus labios.

—Era fácil imaginárselo, Charles. Usted le ha entrado a Linda por el ojo derecho. Nunca supuse que una artista de su categoría se complaciese en la intimidad de un ayudante de dirección.

Charles le fulminó con la mirada.

—Déjese de cuentos, Alan. Todos sabemos que usted sigue a Linda como un perrito faldero.

—¡Eso no es cierto!

—No perdamos el tiempo. Hay que empezar a rodar inmediatamente. La astronave está en lo alto del estudio, esperándoles, mis queridos astronautas.

Douglas se volvió hacia él y le miró con fijeza.

—¿No irá usted a creer que tenemos miedo?

—No hace falta creer lo que es evidente —repuso Charles con voz áspera—. En realidad, tienen ustedes demasiada suerte.

—¿Se puede saber por qué? —inquirió Alan.

Antes de contestar, Charles hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Claro que se puede saber. Han tropezado ustedes con un hombre como Mattison. Un hombre bueno, en el fondo. Un enamorado de su oficio. Pero les aseguro que, si yo fuera el director, las cosas cambiarían. Y no se perdería tanto tiempo como el que se ha perdido lastimosamente.

Alan frunció el ceño.

—Me gustaría saber cómo arreglaría usted las cosas, Olson.

Charles se puso en pie, cerró los puños y luego extendió las manos, manteniéndolos cerrados.

—Con esto —dijo—. A puñetazo limpio, mis queridos astronautas. Eso es lo que necesitan todos ustedes: un poco de jarabe de palo.

Ofendido, Douglas Marlow se levantó y plantó cara al ayudante del director.

—Me gustaría ver esos procedimientos, señor Olson.

Charles cogió por las solapas del traje de astronauta a Marlow. Luego, atrayéndolo hacia sí, hizo que su rostro se colocase a pocos centímetros del otro.

—No me ponga nervioso, monigote —dijo—. Si no tuviera usted que actuar dentro de unos minutos, le rompería la cara. ¡Y no puede usted imaginarse con qué gusto lo haría!

Sonriente, hipócrita, Alan intervino:

—Por favor, señores. Esto es completamente desquiciado. Usted no puede atropellar de esa manera a mi amigo Douglas.

Charles soltó a Marlow.

—Está bien —gruñó—. Dentro de cinco minutos, ni uno más, quiero verles en el plató.

Y salió del camerino, tras dar un formidable portazo.

Mordiéndose los labios, se dirigió directamente al estudio, marchando con paso decidido hacia Mattison, que seguía bebiendo como un cosaco.

—¿Has conseguido algo? —le preguntó Fred.

—Sí —repuso Charles—. Dentro de cinco minutos, si no ocurre nada nuevo, se rueda.

—¡Eres francamente estupendo! —sonrió el director.

—Y usted debería dejar de beber, Fred. Se preocupa demasiado por esas marionetas.

—Es verdad.

Cinco minutos después, comunicaban por el teléfono interior que los artistas estaban ya dentro de la astronave, a donde habían sido elevados gracias a un ascensor especial construido para llevarlos a la altura de ochenta metros, donde estaba colgada, de los cables de la grúa, la cápsula que, echando un chorro de humo por sus falsas toberas, iba a descender hacia el suelo, que se había decorado como un desierto de Nevada.

Un movimiento febril se apoderó de todos los hombres que ocupaban el amplio plató. Los focos se encendieron, apuntando, al mismo tiempo que las cámaras, a la esfera de la astronave que se veía en lo alto. Órdenes y contraórdenes corrieron de un lado para otro hasta que todo el complejo aparato estuvo a punto. Luego, el director, que se había incorporado, vio cómo uno de los ayudantes se acercaba a las cámaras y daba el clásico golpe con la claqueta.

—«Invasión de la Tierra», secuencia 355, dispuestos para el rodaje.

—¡Silencio!

—¡Cámaras en acción!

—¡Se rueda!

Fue en aquel momento preciso cuando una especie de llamarada intensa, que provenía de lo alto, hizo lanzar una exclamación de asombro y de terror a cuantos estaban en el estudio. Levantando la mirada, intentaron ver alguna cosa, pero el relámpago había sido tan intenso que los cegó y no pudieron distinguir absolutamente nada.

Todo aquello duró unos pocos segundos.

Luego, de la misma manera que se había producido, el relámpago desapareció y vieron que la astronave descendía, echando chorros de humo y de vapor por las toberas que jugaban el papel de cohetes de frenaje.

—¡No paren las cámaras! —gritó Mattison, temiendo que aquella ocasión se perdiera.

Pero todo funcionaba a la perfección.

Aunque había habido algunos cambios, de la mayor importancia, que ninguno de los que estaban en el estudio hubiese podido adivinar.

* * *

Fue Akra el primero que volvió en sí.

Abrió los ojos y se frotó la nuca, donde había recibido un golpe cuando la astronave empezó a girar, de manera alocada, sobre sí misma. Se puso en pie y comprobó en seguida que Desma y Ornuz no estaban heridos, sino solamente desvanecidos. Entonces, al notar que la astronave había dejado de girar como una peonza, se acercó

a los mecanismos de televisión a distancia, puso en marcha las cámaras y abrió la luz para que las pantallas reflejasen las imágenes que se extendían muy por debajo del cosmonavío.

Todavía no se explicaba el motivo de aquella estúpida avería.

No obstante, recobrando con rapidez la sangre fría, fue comprobando las imágenes que se reproducían ahora en las pantallas de televisión, pensando al mismo tiempo en lo catastrófico que sería si se veían obligados a aterrizar en un sitio donde los humanos se percatasen de la llegada de seres de otro planeta.

Una ley muy severa, votada hacía cientos de años en el avanzado planeta Marte, prohibía de una manera terminante la entrada en contacto con los habitantes de cualquier otro planeta.

La cuidadosa civilización marciana, la más avanzada de todo el universo, exigía para sí misma un secreto que nadie ni nada podría violar.

Y aunque en Marte se había suprimido, hacía mucho tiempo, la pena de muerte, era excepcional su aplicación para los casos en que se desobedeciera la orden que fijaba, de manera bien clara, la prohibición de entrar en comunicación con los seres racionales de otros mundos.

Por eso estaba Akra intensamente preocupado.

Las imágenes sobre las pantallas reflejaban, por el momento, la estructura de una ciudad que no correspondía, en absoluto, a los recuerdos que el marciano guardaba de aquel San Francisco que visitara de manera tan breve. Pero, poco a poco, a medida que los lentes telescópicos de las cámaras de televisión del aparato iban recogiendo imágenes más precisas de lo que desfilaba bajo el cosmonavío, Akra pudo ver otras cosas, del mayor interés, y frunció el ceño al comprobar que se encontraba en un sitio donde los humanos parecían jugar a hacer vivas las estampas de otros tiempos.

Así vio una ciudad de la Edad Media de la Tierra, un campo prehistórico con animales desaparecidos, perfectamente reproducidos en cartón y en plástico, y otras cosas que, a pesar de su preocupación, le tuvieron en suspenso mientras las imágenes desfilaban a gran velocidad por las cámaras que tenía ante sus ojos.

De repente, al mismo tiempo que Desma y Ornuz se incorporaban, salidos ya de su desvanecimiento, Akra estuvo a

punto de lanzar un grito al ver, colgada de unas altas grúas, una astronave que se parecía de manera casi exacta a la que ellos pilotaban.

Sorprendido, apretó los botones para que las cámaras de televisión, asociadas a los rayos X y a otras ondulaciones perforadoras, entraran en acción. Momentos después, gracias a aquellos perfectos mecanismos, podía contemplar el interior de la astronave. Su sorpresa aumentó aún más, al ver a las tres criaturas que se encontraban allí y que se parecían, de manera asombrosa, a ellos mismos.

Parecía una broma del destino.

O una alucinación.

Pero Akra no perdió el tiempo. Ya estaba seguro de que la astronave iba perdiendo altura a gran velocidad y que no tardaría en entrar en contacto con el mundo de los humanos, violando así la ley sagrada de Marte. Su mente privilegiada concibió un plan a toda velocidad y, tras sentarse ante los mandos, empezó a maniobrar apretando palancas y botones, haciendo girar ruedas metálicas, con el propósito de sustituir a aquella curiosa astronave, lanzando el falso cosmonavío al espacio, donde podría permanecer hasta que se solucionase el problema que la avería en la astronave marciana les había planteado.

Todo se realizó en pocos minutos.

Al tiempo que la falsa astronave de los hombres salía disparada hacia el espacio exterior, donde permanecería girando alrededor de la Tierra como un simple satélite, una intensa llamarada cubrió la maniobra y, debido a la perfección de los mecanismos del cosmonavío, éste se situó bajo las grúas y descendiendo lentamente, mientras Akra, desde el interior, hacía que los cepos magnéticos atrapasen los cables que pendían de las grúas, para engañar así a los que abajo estaban observando el descenso de la astronave, que en caída libre hubiese despertado sus naturales sospechas.

Aprovechándose de una de las cámaras de televisión, Akra proyectó su poder telepático hacia los hombres que contemplaban el cosmonavío, cincuenta metros más abajo. Leyendo sus mentes a gran velocidad, comprendió en seguida lo que estaban haciendo y una sonrisa de triunfo se pintó en sus labios al darse cuenta que todos ellos creían que la astronave era la misma que habían

fabricado y que en su interior iban los artistas de aquella extraña industria la que los terrícolas llamaban «cine».

Volvióse hacia la muchacha y Ornuz, y les explicó rápidamente sus proyectos. Luego añadió:

—Hay que tener mucho cuidado, hijos míos. Hemos estado a punto de violar una ley que hubiese significado, para nosotros, la pena de muerte. Pero, por fortuna, el destino nos ha ayudado.

—Y ¿qué tenemos que hacer ahora, padre? —le preguntó la muchacha.

—Ya veremos. Sirviéndonos de nuestros poderes telepáticos, seguiremos la corriente a esos terrícolas. Ellos creen que somos los artistas que hemos lanzado, en la otra astronave, al espacio libre. Pero tendremos que evitar que penetren en este aparato, ya que su complejidad es mucho mayor que el artefacto que ellos habían fabricado para hacer su película. También habremos de tener muchísimo cuidado en lo que decimos. Claro que esto se salvará gracias a nuestra telepatía. Un poco de serenidad, hijos míos, y todo saldrá bien.

—Pierde cuidado, padre —dijo Ornuz, sonriente.

* * *

Emocionado, Fred Mattison seguía el descenso de la astronave. Todo funcionaba maravillosamente bien. Estaba contento, muy contento, de que las cosas marchasen de tal manera. Echó una ojeada a las once cámaras que iban captando, desde once ángulos distintos, el descenso del formidable aparato, y estuvo a punto de frotarse las manos, porque estaba seguro de que aquellas escenas, proyectadas por el nuevo sistema de «spacioscope», causarían una sensación inigualable en todas las pantallas del mundo civilizado.

Iba a ser un fabuloso negocio.

Pero, en el fondo, Fred Mattison, un enamorado de su profesión, pensaba menos en el dinero que en la fama y el triunfo que iba a conseguir su nombre de archiconocido director, de atrevido hombre de cine, capaz de llegar mucho más allá que el resto de los directores.

Se volvió hacia Olson.

—¿Qué te parece, Charles?

—Formidable, señor. Nunca creí que de las falsas toberas saliese un humo tan denso como el que brota de la astronave.

—Esos técnicos son estupendos. Y el jefe de los efectos especiales merece un «Oscar». ¡Y conseguiré que se lo den! Estas escenas van a quedar maravillosamente bien.

Y era cierto.

La nave descendía con lentitud, majestuosa, mientras el suelo era barrido por potentes chorros de las toberas de los cohetes de frenaje. Aquel suelo, en el que se había imitado, a la perfección, un pedazo de tierra del desierto de Nevada, con sus cactos, su tierra seca, bañada por un sol artificial que proyectaba un sistema de reflectores colocado en lo alto de una torre metálica.

Todo parecía natural.

Una vez que la astronave se posara allí, según la secuencia siguiente, los astronautas debían abandonar su aparato, mirando a su alrededor, ya que se trataba de marcianos que venían con propósito de invadir la Tierra.

El tema, de un célebre guionista, había sido urdido con cuidado y explicaba la historia de tres marcianos, dos hombres y una mujer, que habían sido enviados en misión para destruir la civilización terrícola. Pero ocurría que la mujer se enamoraba de un célebre ingeniero americano, al que confesaba la verdad de la misión que le había traído a la Tierra. El ingeniero, un joven valiente y decidido, luchaba contra los compañeros de la marciana, a los que vencía, impidiendo así que la Tierra fuera invadida, y terminaba la película con el matrimonio de los dos héroes, la marciana y el ingeniero. Pero el final guardaba una sorpresa para el público. Una vez celebrado el matrimonio, la marciana, cuya apariencia humana era sólo ficticia, se convertía en un monstruo la misma noche de bodas, y el ingeniero enloquecía después de matar a aquella criatura extraña de la que se había enamorado.

El papel del ingeniero debía de representarlo, en un doblaje perfecto, Douglas Marlow, que durante parte de la película hacía el papel de segundo marciano. Todo estaba exactamente calculado, y el director, Mattison, poseía la seguridad absoluta de que el film sería un éxito completo.

Ahora, con los ojos entornados, poniéndose de vez en cuando delante de ellos el prisma para el color, examinaba el majestuoso

descenso de la astronave, viendo cómo los cactos se movían al impulso de los chorros de vapor que procedían de las toberas del cohete de frenaje.

Un viento huracanado, hecho en realidad por una buena docena de gigantescos ventiladores, aumentaba el efecto impresionante de la escena. Sí, todo iba estupendamente bien.

Cuatro de las cámaras se movieron en «*traveling*», acercándose progresivamente a la astronave, que ya no estaba a más de tres metros de altura del suelo. Iban a obtenerse diversos primeros planos en el preciso instante en que la puerta corrediza del cosmonavío se abriese. Y, tal como decía el «scrip», confiado a una muchacha llamada Helen, que estaba ahora junto al director y a su ayudante, la joven linda Thorer, vestida de marciana, sería la primera en aparecer, con una pistola en la mano, sonriente, hermosa como nunca, mientras las cámaras obtendrían planos diversos de aquel bello rostro, cosa que haría lanzar exclamaciones de júbilo a los millones de alocados «fans» que la célebre actriz tenía en todo el mundo.

En aquel momento, la astronave se posó en el suelo.

CAPÍTULO IV



ientras la astronave descendía hacia el suelo, habiendo conseguido Akra que los cables se uniesen magnéticamente a la superficie del cosmonavío, de modo que los terrícolas no se percatasen de la suplantación que se había hecho, el marciano lanzó el primer sondaje telepático y así se enteró en seguida de las disposiciones que había que tomar para que los hombres del exterior no sospechasen nada.

Pero, antes de hablar de aquello, se acercó a uno de los aparatos de la astronave, y envió un rápido y conciso mensaje a su planeta de origen, de modo que se ocuparan, de la forma que fuera, de los tres terrícolas que había lanzado en la falsa astronave hacia el espacio exterior.

Tenía la seguridad de que los jefes de Marte obrarían velozmente y que nada malo podría ocurrirles a aquellos dos hombres y a la mujer a los que se había visto obligado a desplazar fuera de la Tierra, debido a la estúpida avería que había sufrido, en

último instante, su propio cosmonavío.

Una vez enviado el mensaje, se volvió hacia Desma y Ornuz.

—Acabo de leer el pensamiento del jefe de los hombres que están fuera —dijo—. Tú, Desma, hija mía, saldrás la primera y, como ellos desean que tengas un arma en la mano, cogerás el proyector de rayos infrarrojos que, como he leído en la mente de ese hombre, es lo que más se parece a una fantástica pistola que ellos habían inventado. No olvides, Desma, que desde ahora te llamarás Linda Thorer. Tú, Ornuz, serás Douglas Marlow, y yo responderé al nombre de Alan Colster.

Había un poco de inquietud en los ojos del joven marciano.

—¿Crees que no nos descubrirán, padre?

Akra sonrió.

—Seguro que no, hijo mío. Pero dejad que sea yo quien envíe las ondas mentales de control a los cerebros de esos terrícolas. En cuanto tengamos ocasión, arreglaremos la astronave y saldremos de aquí.

—Ya lo estoy deseando —dijo Desma.

Fue en aquel momento cuando la nave se posó en el suelo del estudio.

Siguiendo las instrucciones que había leído en el cerebro de Fred Mattison, el director, Akra conjuntó los actos de su hija que, en cuanto la puerta corrediza se abrió, apareció en el dintel empuñando el aparato de proyección de rayos infrarrojos que aproximadamente tenía la forma de la pistola atómica que había sido creada para la realización de aquella espectacular película.

Desde su asiento, teniendo a su lado a su ayudante Charles Olson y a la «scrip» Helen, el director siguió la evolución de los tres supuestos marcianos, que ya abandonaban la astronave, poniendo el pie sobre el aquel suelo del desierto de Nevada.

Observando atentamente los movimientos de Linda Thorer, Mattison se sintió emocionado al comprobar que todo iba a la perfección. De la misma manera, los hombres de las cámaras, los del sonido, así como cuantos contemplaban el desarrollo de aquella secuencia, se sintieron profundamente satisfechos de la actuación de los tres artistas, pero de manera principal de Linda Thorer, cuyos caprichos temían, ya que no hubiera sido la primera vez que interrumpiera la toma de vistas, alegando cualquier estupidez que

truncaba el trabajo por toda una jornada entera.

Pero ahora era distinto.

Jamás se había visto el desarrollo de una acción de manera tan estupendamente coordinada. Después de abandonar la astronave, los tres falsos marcianos avanzaron por el desierto, seguidos de cerca por las cámaras, mirando a su alrededor con extrañeza, como correspondía a unos seres de otro mundo llegados a un planeta que hasta entonces les era desconocido.

La gracia de los movimientos de Linda Thorer estaba entusiasmando al director, que, en el fondo, sin decir una sola palabra, se sentía complacido de haber elegido a aquella extraordinaria artista que llevaba su papel hasta límites inconcebibles. No pudiendo resistirse más, tiró de la manga de la chaqueta de Charles Olson, que se inclinó hacia él.

—¿Qué te parece? —preguntó el director en voz baja.

—¡Magnífico! Nunca la había visto trabajar de esta manera.

—Es algo maravilloso —se entusiasmó Mattison—. ¡Lástima que esta mujer no quiera trabajar un poco más! Seguro que, cuando acabemos esta secuencia, querrá tomarse el resto del día para descansar. Es una pena, amigo Olson. Avanzamos a paso de tortuga, cuando esta producción debía estar ya terminada hace semanas.

—Intentaré convencerla.

El rostro de Mattison se animó.

—Sí, hazlo en cuanto termine la secuencia. Falta muy poco.

En efecto, sobre la escena, los artistas evolucionaban hacia una carretera que aparecía a unas doscientas yardas de la astronave. Era allí, precisamente, donde iban a encontrar al hombre del que se enamoraría «la marciana». En efecto, instantes después, un coche de último modelo se detuvo junto a la cuneta, y el hombre que lo conducía, un joven alto, que por el momento era el doble de Douglas Marlow, quien haría después el papel de ingeniero, miró hacia los tres habitantes de otro mundo, frunciendo el ceño mientras ellos se acercaban lentamente al vehículo.

Mattison se puso en pie.

—¡Alto! ¡Se acabó la secuencia!

Y era cierto.

Lo que faltaba podía realizarse en rodajes de interiores. Y se haría en cuanto Douglas Marlow se hubiese cambiado de atuendo,

permitiendo que, en aquella importante escena amorosa, su doble jugase el papel de marciano.

Charles Olson se acercó rápidamente a Linda Thorer y le estrechó la mano con efusividad.

—¡Has estado maravillosa, Linda! Al director se le caía la baba…

Ella, Desma, leyó rapidísimamente en la mente de aquel joven y se enteró en pocos instantes de toda la trama de aquello que, a sus ojos de marciana, parecía una comedia mucho mayor que la que estaba representando. Por eso, sonriendo, sin soltar la mano que Olson había atrapado y mantenía entre sus dedos, acariciándola suavemente, dijo:

—Me alegro de que te haya gustado, Charles. ¿De veras he salido bien?

—Como nunca. Pero ¿me permites decirte algo?

—Claro que sí.

Se apartaron del grupo de artistas y de técnicos que se habían reunido junto al vehículo del falso ingeniero. Una vez lejos de las conversaciones de los otros, Charles procuró mirar con la mayor intensidad posible a los hermosos ojos de la muchacha.

—Voy a pedirte un favor, Linda.

—Lo que tú quieras —replicó la marciana, profundamente divertida, ya que conocía los sentimientos que aquel joven sentía hacia el personaje que ella estaba encarnando.

—Mattison quisiera rodar un poco más. ¿Estás muy cansada?

—¿Cansada? No.

Desma tuvo que hacer un esfuerzo para comprender el sentido de aquella palabra. En realidad, la vitalidad de los marcianos no cesaba nunca y apenas si dormían, haciéndolo solo para dedicar aquellas horas de su vida al aprendizaje, por medios telepáticos, de la ciencia, de la técnica, del arte que les interesara. El marciano, por lo tanto, no tenía necesidad de sueño ni de descanso. Su poderoso organismo, a través de una evolución de miles y miles de años, había conseguido asimilar la energía exterior de tal forma que el desgaste máximo jamás llegaba al límite de sus resistencias, como ocurría en los humanos cada día.

—¿De veras no te sientes fatigada? —insistió Olson, extrañado de la actitud de la artista.

—Ya te he dicho que no. Puedes ir a ver a Mattison y decirle que

quiero trabajar todavía todo el tiempo que sea. ¿Estás contento?

—Mucho. Iré a ver a Alan y a Douglas para ver si están conformes.

—No es necesario, querido —le dijo ella—. Yo misma lo haré.

Charles no salía de su asombro.

Alejándose de la muchacha, fue hacia el sitio donde Mattison había seguido la conversación, desde lejos, fumando nerviosamente un cigarrillo. Cuando estuvo a su lado, el director le miró con ansiedad, preguntando con una voz cargada de temor:

—Se ha negado, ¿verdad?

—En absoluto, Mattison. Está dispuesta a trabajar todo el tiempo que desee.

—¡Eso no puede ser posible!

—Le aseguro que sí. Y, agárrese bien a la silla; Linda ha ido a convencer a Alan y a Douglas.

—¿Qué demonios le ha pasado?

—No lo entiendo. Parece otra persona, Fred. Está cambiada, transfigurada por completo. Si tengo que hablarle con toda sinceridad, la encuentro mucho más bella y mucho más atractiva que antes.

—¡Estupendo! Voy a dar las órdenes para que preparen la secuencia siguiente. ¿Quieres ayudarme?

—Con mucho gusto.

Y el rodaje prosiguió.

Primero se realizaron las escenas del encuentro entre los marcianos y el ingeniero, en aquella carretera de Nevada. Douglas Marlow ocupaba ahora el lugar de su personaje primordial, de ingeniero, habiendo dejado a su doble que llevase a cabo el del joven marciano, papel que iba a convertirse en algo sin importancia, ya que toda la acción giraría, a partir de aquel momento, alrededor de los amores que iban a despertarse, de manera fulgurante, entre la marciana y el ingeniero.

Una vez más, Linda Thorer despertó el entusiasmo de cuantos la contemplaban. Incluso los técnicos, los iluminadores y aquéllos que estaban más alejados que los demás del plató, miraban embelesados la magnífica realización que estaba llevando a cabo la artista.

Los técnicos del sonido comprobaron que la voz se había hecho más melódica, más suave, facilitando su tarea, ya que Linda Thorer,

en todo lo que llevaba de película, había «sacado» una voz oscura, áspera, muy de moda, pero que no convenía en nada a la idea que del personaje marciano se había hecho el director.

Éste gozaba como nunca.

Silencioso, sentado en su silla, teniendo siempre a su lado a la «scrip» y a su ayudante, seguía las evoluciones de los artistas, confiando por completo en que los técnicos realizarían un trabajo verdaderamente soberbio.

También estaba extrañado de aquella voz melódica, suave y musical de Linda Thorer. Pero en el fondo no pudo por menos de maldecirla, al recordar que aquella voz nueva era precisamente lo que él necesitaba y no la ronca, áspera y desagradable que ella había utilizado en la primera parte del film. Pero aquello tenía muy buen arreglo.

Un doblaje rapidísimo, cuarenta y ocho horas de trabajo con la muchacha, y la voz sería uniforme a lo largo de toda la película.

«Es gracioso —pensó Mattison—; tener que doblar a una primera figura con su propia voz».

Cuando terminó la secuencia que se rodó en la carretera de aquel falso desierto de Nevada, Mattison se puso en pie, emocionado, dispuesto a ser él mismo quien diera las gracias a Linda Thorer por el maravilloso trabajo que había llevado a cabo. Se acercó a la muchacha, inclinóse ceremoniosamente delante de ella y luego, con una voz cargada de sincera emoción le dijo:

—Eres la mejor artista que nunca hemos tenido, Linda. La mejor que haya podido existir en Hollywood.

—Gracias, Fred —repuso ella, con una gracia insuperable—. Me alegra que estés contento.

—Ahora sí que te has ganado el descanso, Linda. Un descanso que te deseo feliz.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo? ¿Es que hemos terminado de rodar?

Ahora fue Mattison el asombrado:

—¿Qué quieres decir? —preguntó, con un temblor de labios que hizo sonreír a Olson, que le acompañaba.

—Que quisiera trabajar un poco más, Fred. ¿No te molesta?

Mattison tuvo que apoyarse en el brazo de su ayudante para no caer desplomado. Estaba tan confuso que tardó algunos segundos en

poder coordinar sus pensamientos. Luego, con una sonrisa que expresaba con claridad la felicidad que experimentaba, se adelantó hacia la muchacha, le cogió la mano derecha, se la llevó a los labios y la besó con verdadera reverencia.

—¡Eres maravillosa, Linda! Claro que vamos a rodar un poco más. Esta vez me has dejado boquiabierto. Esta noche quiero ofrecerte una cena en el lugar donde tú quieras, por muy lejos que sea. Aunque tengamos que tomar el avión.

—No es necesario —repuso ella, con modestia—. Cenaremos en cualquier sitio, en el que Charles elija.

Olson se sentía también muy feliz.

Y el trabajo continuó.

Nueve secuencias se rodaron y Mattison empezó a inquietarse, por primera vez en su vida, no por miedo de que su artista se fatigase, sino porque los técnicos se declarasen en huelga. Los «cameramen» sudaban de lo lindo, los iluminadores no se tenían sobre sus piernas y hasta él mismo, aunque no deseara confesarlo, estaba cansado, agotado, ya que era la primera vez en su vida que había rodado durante tantas horas consecutivas, sin detenerse ni un solo instante.

—No lo comprendo, amigo Olson —dijo a su ayudante.

—Ni yo tampoco. ¿Qué diablos ha podido ocurrirle a esté trio? Trabajan como nunca, con un entusiasmo formidable. No muestran la mínima fatiga y, ¿se ha dado cuenta de que no sudan nada?

—Sí, ya lo he notado.

—Fíjese en los rostros de los demás, hasta en los nuestros. Estamos cubiertos de sudor, bajo el fuego infernal de estos reflectores. Ellos, como si nada… Ellos tres, porque el doble de Douglas Marlow ha tenido que secarse la cara cuatro veces y el maquillador ha tenido que trabajar en él en varias ocasiones.

—Que me ahorquen si lo entiendo.

Por último, rendido como si hubiera estado descargando fardos en el puerto de San Francisco, Mattison se acercó a Linda, volvió a agradecerle aquella colaboración extraordinaria, pero le rogó al mismo tiempo que descansaran, que cesase aquel horrible trabajo, que le permitiese invitarla, junto a Alan y a Douglas a cenar en cualquier restaurante alejado, en la costa norte de Hollywood.

Y así fue como, poco después, se trasladaron en rapidísimos

vehículos a Santa Mónica.

* * *

Después de la opípara cena, aprovechándose de que Alan, Douglas y Mattison hablaban de manera animada, Olson rogó a Linda que le acompañase a la terraza del restaurante.

Una vez allí, avanzaron hasta apoyarse en la balaustrada, contemplando la superficie del mar, sobre la que una luna enorme, rojiza como la de ciertas películas del Oeste, rielaba sobre el agua, pintando sobre el líquido una larga pincelada que se ensanchaba hacia la orilla.

Olson, confundido y emocionado al mismo tiempo, intentaba encontrar las palabras necesarias para expresar a Linda toda la alegría que había experimentado en aquel día memorable.

Pero ella pareció leer sus pensamientos:

—Me encuentras cambiada, ¿verdad, Charles?

Él la miró, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tú tampoco eres el mismo, amigo mío. ¿Dónde se ha ido tú locuacidad de otras veces?

Él sonrió, apoderándose de una de las manos de la muchacha.

—Esta noche es extraordinaria —dijo, lanzando una mirada hacia la superficie del mar—. Extraordinaria desde muchos puntos de vista. Y es cierto lo que has dicho, Linda; te encuentro cambiada, cambiadísima, de tal manera que hoy, te lo confieso sinceramente, siento por primera vez en mi vida que mis sentimientos hacia ti están cobrando una intensidad que, en el fondo, me da miedo.

Ella rió.

La musicalidad de aquella risa podía dar envidia a los pájaros que cantaban en la parte baja de la terraza, en el jardín que se prolongaba casi hacia el lugar donde las aguas venían a morir, con mansedumbre, extendiendo sus dedos de plata sobre la arena.

Cuando dejó de reír, Linda miró con fijeza a su acompañante.

—Habla, Charles…

—¿Qué quieres que te diga? Hoy, casi no me atrevo a confesarte mi cariño. Y es que tengo miedo. ¿Puedo saber si sigues pensando de mí lo que tantas y tantas veces me has dicho?

—¿Por qué no?

—Me haces muy feliz, Linda; y ahora te hablo en serio. Fuera del trabajo, de las estúpidas obligaciones de nuestra labor, me siento junto a ti, por primera vez, como si no fueras la misma Linda de ayer por la mañana, como si un profundo cambio se hubiese realizado en ti. Y ahora, mi amor, te encuentro maravillosa, tan extraordinaria y tan atractiva que no puedo por menos de rogarte lo que otras veces no pude atreverme a exigir.

Ella volvió a reír.

CAPÍTULO V



ómodamente sentados en la terraza del piso entero que ocupaban en uno de los hoteles más importantes de Hollywood, Akra y Ornuz se miraban, complacidos y sonrientes, mientras intentaban encontrar sabor a los cigarrillos que habían encendido momentos antes.

Por último, Akra aplastó el suyo en el fondo de un cenicero de plata de la mesita colocada entre los dos sillones que ocupaban los marcianos. Con un gesto de disgusto, suspiró:

—No termina de gustarme, hijo mío. ¿Y a ti?

—Yo le encuentro un gusto agradable, padre. ¿Te has esforzado en tragarte el humo?

—No.

—Por eso no has encontrado gusto alguno. Lo cierto es que le da a uno una sensación especial, un placer excitante y agradable.

—Como quieras. Yo no pienso fumar más, al menos por el momento.

—¿Has visto a Desma, padre?

—Está en sus habitaciones. La encuentro un poco rara, desde ayer.

—Lo mismo me ocurre a mí. Pero creo que lo mismo nos sucede a nosotros, ¿no es cierto?

Akra sonrió.

—No lo sé. Desde luego —alegó, después de una corta pausa—, el diagnóstico de la máquina-doctor era excelente. Aquí me distraigo, estoy encantado con estos terrícolas, a los que encuentro profundamente simpáticos. ¿No te ocurre igual a ti?

—Lo mismo, padre. Y no podré dejar de agradecerte que nos dejaras acompañarte a Desma y a mí en tus vacaciones.

—¿Es que iba a venir solo? ¡Qué tontería!

Hubo un largo silencio.

Akra observó que Ornuz había cogido unos papeles y los leía con atención. Intrigado, esperó unos instantes antes de decidirse. Luego, viendo que su hijo político no separaba los ojos de los folios mecanografiados, le preguntó:

—¿Qué estás leyendo?

—Las escenas de mañana.

—¡Lo has tomado con mucho ahínco!

—Me gusta, padre… ¿Puedo decirte una cosa?

—Lo que quieras.

—Me está encantado la civilización de la Tierra. Son infantiles, es cierto; pero, en el fondo, da gusto percatarse de cómo se divierten, las cosas que inventan para distraerse. El aburrimiento, justamente la causa que te trajo aquí, padre, no existe en este mundo alocado en el que hemos ido a parar.

—¡Ése es el nombre! Esta pobre gente está loca de remate. Por lo que puede leer en la mente de ese Mattison, lleva una vida infernal. Sufriendo, de la mañana a la tarde, con artistas como los que enviamos al espacio exterior. ¿Te das cuenta? Estar pendiente de las descargas hormonales de una mujer histérica. ¡Es para morirse!

—Pero a él le gusta.

—Es cierto, y esto es justamente lo que me extraña más. Mattison está encantado con su trabajo. Y creo que, si le faltasen las broncas, los gritos y las regañinas, encontraría vacío su tiempo.

—Son unos seres curiosos.

—¿Qué estabas leyendo?

—Ya te lo he dicho antes, padre. Estaba estudiando la escena de mañana. Hay algo verdaderamente curioso.

—¿De qué se trata?

—En la escena final de esta historia —dijo el joven—, cuando la marciana y el ingeniero están dispuesto a escaparse, alejándose de la astronave que ha traído a ella y a sus compañeros del planeta Marte, él viejo, es decir, el papel que tú representas, interviene con brusquedad y se lanza, desde una altura de unos quince metros, para impedir la huida de los dos enamorados. ¡Qué estupidez!

—¿Por qué?

—Porque tú sabes que tenemos otros medios para impedir que esa fantasía se produjera. Una onda telepática bastaría para inmovilizar a ese don Juan de pacotilla. ¡Esos terrícolas tienen muy poca imaginación!

—Es que ellos no saben que los marcianos poseemos dotes telepáticas.

—Es cierto.

—Y ¿dices que se lanza desde una altura de unos quince metros?

—Sí. Pero aquí hay una nota… Voy a leértela: «En esta escena, el protagonista será doblado por el gimnasta escogido previamente». ¿Te das cuenta?

—¿Qué quieren decir?

—Ya lo sabes, padre. Los terrícolas tienen la costumbre de no exponer a peligro alguno a sus artistas preferidos; cuestan demasiado caros. Por eso, en vez de saltar tú, como debía corresponderte, lo hará un gimnasta, cuya integridad física es mucho menos importante que la del protagonista de la película.

Los ojos de Akra se encendieron con una luz intensa.

—¡De ninguna manera! —exclamó—. Voy a darles una sorpresa. Ornuz.

—¿Qué quieres decir?

—Que saltaré yo mismo. Y lo haré como nunca lo han visto hacer. ¿No será una sorpresa formidable?

—En efecto. Pero has te tener cuidado, padre.

—¿Por qué?

—Porque es necesario conservar nuestro anonimato. Si supieran quiénes somos…

—¿Te has vuelto loco? Incluso si se lo dijésemos no nos creerían. He analizado a la perfección las mentes de estos terrícolas. Son elementales, mi querido Ornuz.

—Como quieras.

El joven marciano volvió a enfrascarse en la lectura del guión.

* * *

En su habitación, echada sobre el amplio lecho, con la ventana abierta, por la que penetraba la brisa marina de la noche, Desma dejaba ir su imaginación, intentando comprender lo inesperado de la situación psicológica y emocional que se había apoderado de ella.

Pero, por más esfuerzos que hacía, por más análisis fríos y lógicos a que sometía sus propios sentimientos, no conseguía en modo alguno aclarar la situación y aquella especie de caos que reinaba ahora en su espíritu.

¿Qué le había sucedido?

Recordando el pasado, el reciente pasado que la había unido a Ornuz, se esforzaba en comparar los procedimientos matrimoniales de Marte con los de los terrícolas. Había profundizado en la mente de Charles Olson hasta encontrar respuesta a muchas de las preguntas que se planteó desde el principio, en cuanto observó una cierta actitud, difícil de comprender, en el joven ayudante del director Mattison.

Pero seguía estando confusa.

En Marte, las uniones matrimoniales no tenían más fundamento que la de unir a dos personas en una especie de sociedad que nada tenía que ver con el amor.

Después de cientos, de miles de generaciones, los marcianos habían conseguido eliminar de una manera definitiva el proceso biológico que es como el núcleo central de la formación de las familias. La descendencia estaba perfectamente garantizada por las poderosas máquinas biológicas que producían el número y la calidad de individuos necesarios para la comunidad.

Por eso, entre Desma y Ornuz no había más que una amistad simple, sincera, una especie de «entente», sin ninguna otra clase de complicación.

Y ahí estaba justamente lo que había sorprendido a la muchacha

marciana.

Ahondando en el cerebro de Olson, que se abrió ante sus poderes telepáticos como las hojas de un libro, ella había leído, si se puede decir así, cosas que la turbaron interiormente, produciéndole un fuerte choque, haciéndole comprender, de repente, la enorme diferencia que existía entre las relaciones amorosas de los marcianos y las que seguían reinando en el Tercer Mundo.

Una profunda confusión nació en ella.

Pero aquello no hubiese sido posible, en modo alguno de no haberse producido una serie de cambios fundamentales en el organismo de Desma. Ella se percató, con meridiana claridad, que algo estaba cambiando en lo más íntimo de su ser. Analizando sus propios sentimientos, las reacciones biológicas de su organismo, llegó a la conclusión de que el ambiente de la Tierra, la riqueza atmosférica, tan diferente a la de Marte, el efluvio de las plantas, el conjunto de cosas que parecía influir en todas las criaturas del Tercer Mundo, estaban produciendo en su cuerpo serias reacciones, novísimos procesos que iban distanciándola, de manera aparente, de la Desma que, sólo unas horas antes, había llegado, a la Tierra, desde el lejano y tranquilo Marte.

Por ejemplo, las emociones.

Los marcianos eran casi incapaces de experimentarlas. Había una frialdad congénita, una serenidad que se habrá ido acumulando y posando en el alma de los marcianos durante miles y miles de años. Eso hacía que no se extrañaran ni se maravillaran de nada. Los sentimientos que les unían los unos a los otros, se limitaban a los de un conocimiento profundo, ayudado muchas veces por los procesos telepáticos.

De ahí que los sentimientos, en el sentido que esta palabra expresa para los terrícolas, no pudieran existir en el cerebro de un marciano, ocupado casi siempre en problemas más complejos, en investigaciones a las que se dedicaban para cubrir el vacío de su larguísima vida.

Por ahí estaba otro aspecto de aquel extraño asunto.

La vida de los marcianos no era, ni muchísimo menos, tan limitada como para los habitantes del Tercer Mundo. Por haber conseguido una pureza racial casi perfecta, los pobladores de Marte no envejecían al ritmo de los terrícolas. Y si los primeros elementos

de una cierta senilidad había aparecido en el rostro del padre de Desma, los hombres de la Tierra se hubieran maravillado, o aterrorizado, al saber que Akra tenía ya cerca de ochocientos años terrestres. Sorprendente edad para un hombre que, a lo más, representaba cuarenta y cinco o cincuenta años, maravillosamente conservados.

Desma se volvió boca arriba y se quedó mirando la superficie azulada del techo de su habitación. Mil problemas distintos asaltaban su mente. Pero, en el fondo, en lo más íntimo de su ser, era la dulzura que experimentaba cada vez que pensaba en Charles Olson, en lo que sabía de él, en lo que había leído en su cerebro. Aquella confusión, que al principio la preocupó hasta lo inconcebible, le procuraba ahora una serenidad deliciosa, una sensación completamente nueva que la embargó, empujándola hacia un sueño en el que, normalmente, ningún marciano había de refugiarse, ya que el cansancio no existía, de manera práctica, en ellos.

* * *

En la parte baja del montículo, de unos diez metros de altura, se encontraban Linda Thorer y Douglas Marlow; es decir, Desma, en su papel de marciana y Ornuz, representando al ingeniero que había conseguido enamorarla. Todo estaba dispuesto y, alrededor de la escena, las cámaras y los focos se movían para centrarse en un esfuerzo final antes de que el director diese la orden de que se empezara a rodar.

Cerca de Mattison que seguía junto a su inseparable Olson, se encontraban el gimnasta, que estaba dispuesto a realizar el peligroso salto, vestido de idéntica manera que Akra; es decir, que el supuesto Alan Colster. Y era precisamente el marciano, el auténtico, el que en aquellos momentos hablaba de manera rápida, vehemente, a Fred Mattison.

—Le aseguro, señor director, que yo realizaré ese salto.

Mattison movió la cabeza de un lado para otro:

—Pero ¡eso es imposible, mi querido Colster! Yo no puedo exponer su preciosa vida por un salto estúpido, en el que, además, su rostro no va a aparecer. Le aseguro, si es eso lo que le preocupa,

que la cámara lo tomará desde lejos y que la otra, la que está encima de ese abismo, enfocará la espalda del gimnasta. Para el público, el que saltará será, naturalmente, usted.

—No, señor director —insistió el marciano—. Yo quiero saltar. Deseo que se hagan planos próximos mientras realizo el salto. Le aseguro que saldrá bien.

Mattison lanzó un suspiro. Luego se volvió hacia Olson, al que interrogó con la mirada. Pero éste, con una sonrisa en los labios, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y agregó luego:

—Deje que lo haga, Fred. Es la primera vez que ocurre esto y no quiero perderme el espectáculo.

—Eres un malvado, Olson —replicó Mattison—. ¿Sabes lo que va a decir la compañía de seguros?

—Que diga lo que quiera. Ya sé que no pagará si Colster sufre un accidente. Y una de las cláusulas que firmamos era que las escenas peligrosas serían realizadas, como de costumbre, por un doble.

—Eso estaba pensando yo.

Intervino el marciano:

—Si es eso lo que les preocupa —dijo—, firmaré un documento para que la compañía de seguros esté completamente tranquila y ustedes también.

—¡Ya veo que es imposible! Está bien —asintió Mattison—; haga lo que quiera, Colster. Pero, por el amor de Dios, tenga mucho cuidado.

Akra sonrió.

Mientras el gimnasta le miraba como si el artista hubiera perdido la razón, el falso Alan Colster trepó rápidamente a lo alto del simulado acantilado, y se colocó en la posición que le había indicado, momentos antes, el director. Un silencio completo se hizo en el «plató». Incluso los iluminadores, desde lo alto de los andamios metálicos, contemplaban con ojos desorbitados aquella escena que no era, ni muchísimo menos, habitual en ningún estudio.

Por el contrario, los artistas gritaban, muchas veces, exigiendo que los extras interviniesen en los trabajos en los que apenas sí existía un pequeño peligro. Y ahora, para sorprender a todos, Alan Colster, un hombre al que habían considerado como débil, miedoso,

más bien tímido, estaba allá arriba, en lo alto del falso acantilado, dispuesto a realizar un salto de diez metros, en el que, como todos pensaban, se rompería el cuello.

Encendiendo un cigarrillo con manos temblorosas, Mattison se volvió hacia Olson.

—Da tú las órdenes, Charles. Yo no podré mirar. Voy a cerrar los ojos y rezaré lo que sepa. ¡Maldito loco!

Olson sonrió.

—De acuerdo, señor Mattison.

Luego, llevándose el altavoz a los labios, ordenó que todo se preparase, y el silencio se hizo más intenso hasta que uno de los ayudantes, con la plaqueta en la mano, repitió las consabidas palabras, mencionando el número de la secuencia a rodar y el título de la película.

Sólo el zumbido de las cámaras al funcionar se oyó entonces.

Y, de repente, desde lo alto del acantilado, cuando llegó su momento, Alan Colster se lanzó de una manera magistral, cabeza abajo, haciendo que los corazones de los que le contemplaban casi se detuvieran. Era imposible concebir que no se rompiera la cabeza al chocar con la arena que simulaba el desierto de Nevada.

Pero, ante la sorpresa general, el artista giró, en una voltereta magistral, y cayó de pie, justamente al lado del falso ingeniero, al que golpeó, propinándole un puñetazo formidable en pleno mentón, tal como señalaba el guión de aquella secuencia.

Sin poder evitarlo, al tiempo que Olson gritaba que cortasen, ya que todo había terminado, los iluminadores y demás personajes secundarios del plató, estallaron en una ruidosa ovación, que nada ni nadie pudo impedir.

Mattison abrió los ojos.

Pero, en vez de mirar hacia el plató, movió la cabeza y miró con fijeza a Olson.

—Se ha matado, ¿verdad?

Charles sonrió.

—Nada de eso, Fred; está vivito y coleando. Hemos obtenido unos planos verdaderamente estupendos, algo que causará intensa emoción en el público, sobre todo cuando vean que ha sido Alan Colster y no ningún extra, quien ha llevado a cabo esa proeza.

Tuvieron que dar a Mattison un vaso colmado de *whisky*.

Lo necesitaba.

CAPÍTULO VI



locado, con los ojos fuera de las órbitas, George Milton salió del laboratorio, lanzado como una exhalación, y recorrió los pasillos hasta detenerse, casi sin aliento, delante de la puerta donde estaba escrito el nombre del ayudante de dirección: Charles Olson.

Nunca se hubiera atrevido George a ir directamente al despacho de Mattison.

Con mano trémula, llamó a la puerta. Tuvo que esperar unos instantes antes de oír la conocida voz de Olson, que le gritaba desde dentro:

—¡Adelante!

Una vez en el interior del despacho, George Milton avanzó hacia la mesa, detrás de la cual se encontraba Charles estudiando los escenarios de las últimas secuencias de la película.

Por el momento, Charles no levantó la cabeza, cosa que hizo instantes más tarde, frunciendo el ceño al ver la indescriptible

expresión que tenía el rostro de su colaborador.

—Siéntese, Milton —dijo, tentando de ofrecer algo de beber a su visitante.

Se puso en pie, acercóse al mueble bar y sirvió dos vasos de *whisky*, exagerando un poco la medida en el que destinó a Milton. El jefe del laboratorio se bebió el contenido del vaso de un solo trago, y respiró profundamente después, al tiempo que el color volvía poco a poco a sus mejillas, que habían ofrecido hasta el momento un feo color ceniciento.

—¿Un cigarrillo? —le ofreció Olson.

Todavía le temblaban las manos a Milton cuando cogió el pitillo que su jefe le ofrecía. Pero luego poco a poco, pareció recuperarse por completo y lanzó un nuevo y profundo suspiro, al tiempo que exclamaba, después de echar una bocanada de humo por la boca:

—¡Es para volverse loco!

—¿Qué ocurre?

Con mirada desamparada, Milton clavó sus ojos en los de Olson.

—No sé cómo explicarlo, señor. Lo mejor es que venga usted conmigo.

—¿Adonde?

—Al laboratorio. Por muchas cosas que le dijera, no las entendería. Y acabaría llamando a un psiquiatra para que me pusieran una camisa de fuerza.

Olson se encogió de hombros:

—Está bien —dijo—. Vamos.

Atravesaron el largo pasillo y tomaron el ascensor, que les condujo a los sótanos donde estaban instalados los laboratorios de la firma para la que trabajaba Olson. Pero, en vez de dirigirse directamente a los laboratorios propiamente dichos, Milton, que iba delante del ayudante de dirección, torció a la derecha, conduciendo al otro a la sala de proyecciones. Una vez en el interior, se sentaron en dos de los cómodos sillones, forrados de rojo. Cuando se dejó caer en el suyo, Milton volvió a exhalar aquel profundo suspiro que ya había repetido varias veces. Después, con voz un tanto temblorosa, dijo:

—Voy a hacer proyectar las escenas tomadas ayer y esta mañana, señor Olson. Agárrese bien a la butaca, por favor.

Olson no pudo evitar una sonrisa.

—¿Está usted cansado, Milton? —preguntó al jefe de laboratorio.

—Quisiera estarlo, señor Olson. Aunque, en realidad, lo que desearía es estar a mil kilómetros de aquí. Espere y verá…

Levantó uno de los brazos del sillón, descubriendo un pequeño espacio en el que había un teléfono. Lo sacó y estableció contacto con la cabina.

—Proyecten las secuencias doscientos treinta y cinco y siguientes —ordenó.

Y la oscuridad se hizo en la sala de proyección.

Momentos después, tras el parpadeo inicial sobre la pantalla, que se tiñó de blanco, apareció el magnífico color de las escenas que habían sido tomadas a partir del momento en que la astronave descendía sobre el falso desierto de Nevada. El conjunto gustó a Olson, que se prometió interiormente felicitar al escenarista. Vio descender el cosmonavío, en medio de las impresionantes nubes que levantaban sus cohetes de frenaje. Todo estaba magníficamente logrado y el aspecto de realidad cumplía su cometido.

El cosmonavío se posó en la ardiente tierra del desierto. Poco a poco, con una lentitud estudiada, la puerta corrediza se abrió, dejando ver un espacio oscuro, cosa que aumentaría, como pensó Olson, el suspense de aquella importante escena. Pero, casi en seguida, la silueta de una mujer se dibujó, en el fondo de la oscuridad, avanzando hacia la salida de la astronave.

La cámara ofreció, en aquel momento, un primer plano de la astronauta.

Y Olson tuvo que hacer lo que Milton le había aconsejado, se agarró con fuerza a los brazos de su sillón y se quedó con la boca abierta y los ojos casi fuera de las órbitas, al tiempo que un largo escalofrío de horror le recorría la espalda.

—¡No puede ser! —exclamó en voz alta.

Una triste sonrisa apareció en los labios de George.

—¿Qué le decía yo, señor?

¡Era inconcebible!

Porque en vez de aparecer el rostro y el cuerpo hermosísimo de Linda Thorer, la marciana que acababa de surgir del fondo de la nave especial era una vieja.

Vieja no era exactamente la palabra que podía aplicarse a

aquella criatura arrugada hasta lo indecible, deformada monstruosamente por una senectud que jamás había sido contemplada por ojos humanos. Y es que la vejez era una expresión corta para expresar el horror de aquella visión fantasmal.

Hubieran sido necesarias otras palabras.

Incluso las fotografías que Olson había visto a lo largo de su vida de ancianos que habían llegado a una edad límite; algunos de ellos habían conseguido cumplir ciento treinta y cinco y hasta ciento cincuenta años, no podían compararse en absoluto con aquella vejez especial, horrenda, que ofrecía la extraña criatura que acababa de surgir del cosmonavío.

Las arrugas, infinitas y pequeñas, trazaban una gigantesca cantidad de surcos en el rostro, en los brazos y en las manos. Sólo la imagen de una momia hubiese podido compararse con aquella visión tremenda. Una momia deforme, monstruosa, que avanzaba ahora sonriendo, con una mueca que ponía frío en la espalda pues parecía la de una calavera.

A Olson le faltó la respiración.

Pero, momento más tarde, cuando surgieron los otros dos marcianos, el corazón de Charles estuvo a punto de detenerse. Uno de ellos, el que podía considerarse como joven, el representado por Douglas Marlow, poseía un aspecto casi idéntico al de la mujer que había salido en primer lugar. El otro, Alan Colster, era mil veces peor, una momia que hubiese sufrido una desecación completa, con la piel pegada a los huesos, una piel amarillenta, ajada, con una consistencia que recordaba vagamente una capa de barro que se hubiese colocado sobre el esqueleto de aquella criatura; un barro quebradizo, que parecía rajarse, a convertirse en polvo a cada paso del ser que se cubría con él.

—¡Que corten! —gritó Charles.

El jefe de laboratorios trasmitió la orden y la pantalla se apagó, al mismo tiempo que las luces del salón volvían a encenderse.

—¿Qué le parece? —preguntó entonces Milton.

Olson no sabía qué decir.

Permaneció un largo rato en silencio, intentando borrar de su imaginación aquellas criaturas de pesadilla que acababan de desfilar delante de sus ojos. No lo comprendía. Pensó en un error óptico, y lo rechazó en seguida, ya que las lentes demostraban su

perfecto funcionamiento al reflejar el resto de la imagen con aquella pureza que era la base del sistema «spacioscope». Todo, la nave, las plantas del desierto, las arenas, todo, absolutamente todo, se reflejaba con una veracidad sorprendente.

Por lo tanto, el sistema óptico de las cámaras no podía ser, en modo alguno, el responsable de aquella visión dantesca que había hecho estremecer, hasta lo más íntimo, el espíritu de Charles Olson.

Pero ¿qué había ocurrido entonces?

Haciendo trabajar intensamente su cerebro, Olson permaneció todavía un largo rato guardando un completo mutismo. Luego, volvióse hacia Milton y le preguntó:

—¿Cómo se lo explica usted, George?

—De ninguna manera.

—¿Ha revisado usted todos los mecanismos químicos del revelado?

—Todo. No hay defecto alguno que señalar, señor Olson. ¿No le parece horrible?

—Lo que ocurre es que no lo comprendo.

—¡Eso me ocurre a mí también!

Hubo una nueva pausa. Olson pensaba en el tremendo disgusto que iba a tener Mattison cuando viera aquellas escenas. Conocía la sensibilidad del director y sabía, a la perfección, que sería incapaz de aguantar un solo segundo de proyección con la aparición de aquellos terribles monstruos que habían desfilado, momentos antes, por la amplia pantalla del «spacioscope» de la sala de pruebas.

Una sospecha rozó el espíritu de Olson.

¿No habían ocurrido cosas extraordinarias desde que aquella astronave se posó en el plató? ¿No habían notado todos un completo cambio en los artistas, una actividad desusada, una afición que hasta entonces no habían demostrado nunca? ¿No se había apercibido, él mismo, del profundo cambio en la personalidad de Linda Thorer, que había encontrado mucho más encantadora y asequible que antes?

¿Entonces?…

No, no podía encontrar la solución al problema que tenía planteado. Por más esfuerzos que realizaba, por más que se estrujaba el meollo, era incapaz de encontrar respuesta a los cientos de preguntas que, una tras otra, acudían a su mente. Estaba

torturándose, esforzándose de manera tremenda, sin encontrar una explicación a aquello de lo que, en el fondo, estaba plenamente convencido no la tenía.

Se puso en pie.

—Tengo que hablar con Fred —dijo.

—Te acompaño en el sentimiento —musitó Milton, incorporándose también.

Iba a salir de la fila de butacas cuando Milton le retuvo, cogiéndole por la manga de la chaqueta.

—Quería decirle una cosa, señor Olson.

El otro se volvió.

—¿De qué se trata?

—He estado pensando en esto, señor. ¿Y si cambiásemos el argumento de la película? Ningún maquillador hubiese obtenido monstruos de esa calidad…

Olson no pudo por menos de sonreír.

—No es una mala idea, George —repuso—. Pero esto no resolvería en absoluto el problema.

—Yo hablaba desde el punto de vista cinematográfico, señor.

—Te comprendo, muchas gracias. Deja que hable antes con Mattison.

Y salió de la sala de proyecciones hacia el ascensor que le llevaría arriba.

* * *

Mattison miró de una manera rara a su ayudante.

Había escuchado con atención todo lo que Olson acababa de contarle y dudó, unos instantes, en descolgar el teléfono para llamar al psicoanalista más cercano.

Pero la expresión del rostro de Charles estaba llena de sinceridad y no había en él ninguna muestra de locura o de embriaguez.

—¿Estás seguro de todo lo que acabas de contarme? —le preguntó.

—Sí, Fred. Todo lo que le he dicho es cierto. Pero, si quiere comprobarlo…

Una especie de repugnancia física se abrió en la conciencia del director. Moviendo rápidamente la cabeza de un lado para otro,

dijo:

—No, no es necesario. Se me ponen los pelos de punta cada vez que pienso en lo que acabas de contarme. Pero ¿qué ha podido ocurrir?

—Sólo una cosa.

Mattison frunció el ceño.

—¿Qué?

—Una cosa terrible —siguió diciendo su ayudante—. Acaba de ocurrírseme hace un rato, pero creo que es una verdadera locura.

—¿Más locura que lo que me has contado?

—Más.

Callaron unos instantes.

Luego, Fred, que había encendido un cigarrillo con mano nerviosa, insistió:

—Habla, por favor.

Tras encender también otro cigarrillo, Olson se tomó un poco de tiempo antes de decir, sin mirar directamente a su jefe:

—¿Y si no fueran humanos?

—¿Qué quieres decir?

—Que se tratase de gente venida del espacio exterior.

A pesar de su nerviosismo, Mattison lanzó una carcajada.

—No me hagas llamar al psiquiatra, por favor…

—Escúcheme, Fred. Ya sé que hemos leído, en estos últimos tiempos, demasiadas novelas de anticipación científica. Pero ¿qué explicación puede encontrarse a lo que ha ocurrido? Las lentes marchan bien, la iluminación era perfecta, lo prueban las imágenes que rodean a esas extrañas criaturas. Sin embargo, a pesar de su apariencia exterior, la que nosotros conocemos, las cámaras no han podido equivocarse. Ellas han captado la realidad, la realidad, ¿me entiende?

—Francamente, no.

—Escuche usted, Fred. Usted y yo sabemos que nada se esconde a las cámaras. Incluso los maquillajes más delicados, los trucos más finos, deben ser repasados después en el negativo para evitar que el público se percate de ciertos trucos. ¿Es cierto o no?

—Lo es.

—Eso es lo que, a mi corto entender, ha sucedido ahora. Esas criaturas, llamémoslas así, tienen una apariencia externa que les

hace semejar a Alan, Douglas y Linda, pero no son ellos. ¿Me entiende ahora?

—Menos que antes.

—Ya sé que es difícil explicar todo esto, Fred. Pero es la única respuesta lógica que encuentro a lo sucedido. Imagínese que, por cualquier causa, nuestros tres artistas hayan desaparecido a manos de esos habitantes de otro planeta. Ellos los han sustituido y ahora se presentan ante nosotros, con una apariencia que nos engaña. Usted mismo estará de acuerdo conmigo en afirmar que la personalidad de esas tres personas ha cambiado bruscamente, desde la escena del descenso de la astronave. ¿No es verdad?

—Sí.

—Ninguno de los tres, ni Alan, ni Douglas, ni muchísimo menos Linda, hubiesen trabajado como han hecho estos tres, sin descanso, hasta rendirse. Tampoco hubieran realizado un trabajo tan cuidadoso, tan entusiasta, porque usted sabe tan bien como yo que no pensaban más que en cobrar y en divertirse.

—Es verdad.

—Por otra parte, ¿recuerda lo que hizo Alan Colster? ¿Cree que el verdadero Alan Colster hubiese expuesto su vida, saltando desde una altura de diez metros, si es que hubiese sido capaz de hacerlo, cosa de la que dudo por completo?

—Tienes razón.

—Todo eso, señor Mattison, nos demuestra que hay algo extraño en la presencia de estos tres falsos artistas. Porque, a medida que lo pienso con detalle, estoy más y más seguro de que esos tres personajes no son, en realidad, Alan Colster, Douglas Marlow y Linda Thorer.

—Entonces, ¿dónde están los verdaderos?

—Lo ignoro. La suplantación fue hecha con una habilidad extraordinaria. Sin embargo, a pesar del cuidado que pusieron en imitar a nuestros artistas, nosotros notamos en seguida que eran más perfectos que los otros; de ahí el entusiasmo que todos experimentamos en cuanto se abrió la puerta corrediza de la astronave. ¿Lo recuerda?

—A la perfección.

—A partir de ese momento, mi querido Fred, hemos ido de sorpresa en sorpresa. Primero, trabajaron como locos durante todo

un día y parte de la noche, hasta que usted mismo, rendido, tuvo que dar la orden de alto. No habíamos obtenido hasta entonces imágenes de escenas y desarrollos de secuencias tan perfectos como el que obtuvimos a partir del momento en que se abrió la puerta del cosmonavío. Después vino la sorpresa del salto de Colster… ¿Tengo razón o no?

—Pero ¡eso sería espantoso!

—Lo sé. Yo no puedo contestar ahora a otras muchas preguntas que mi mente me formula. Pero de lo que estoy completamente seguro es de que estamos ante tres criaturas del espacio que, en un determinado momento, han suplantado a nuestros tres artistas favoritos. ¿Se da usted cuenta de la importancia de lo que nos ocurre?

—¡No me hables! —exclamó Mattison, echándose a temblar.

—No tendremos más remedio que comunicar esto a la policía o a las autoridades de la ciudad. Porque es posible que las intenciones de estas criaturas espaciales no sean tan pacíficas como ellos quieren hacernos creer.

—Es verdad.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando?

—Tengo miedo, Charles.

—Y yo también. Miedo a lo desconocido, cosa que es natural. Pero no podemos permanecer por más tiempo con los brazos cruzados, Fred. Ya sé que van a creernos locos, que van a reírse en nuestras barbas cuando expliquemos lo que ocurre o lo que pensamos que está ocurriendo. Pero cumpliremos con nuestro deber de ciudadanos y de pobladores de este planeta.

—Hablas como los personajes de las novelas de fantasía —no pudo por menos de decir Mattison.

—Déjese de bromas, Fred. ¿No vamos a avisar a la policía?

—Hazlo tú, Charles. Yo no quiero pensar en este momento.

—Como usted quiera. ¿Me esperará aquí?

—Sí.

Y Olson, decidido, abandonó el despacho del director y avanzó rápidamente por el pasillo hacia el ascensor que iba a dejarle, momentos más tarde, a la puerta de los estudios, donde le esperaba su coche con el que, cruzando la ciudad a toda velocidad, se dirigió al cuartel general de la policía de la ciudad de Hollywood.

CAPÍTULO VII

vanzado con rapidez por la ciudad, Charles Olson iba acercándose velozmente a la central de policía. De repente, un semáforo encendió su luz roja y el ayudante de Mattison se detuvo, frenando delante de la raya amarilla que delimitaba el paso de peatones.

Fue entonces cuando se le ocurrió la idea.

En realidad, se dijo, ¿qué argumentos podría llevar a la policía? Para poder denunciar de manera convincente los hechos ocurridos en los estudios, era necesarios que aportase pruebas que convencieran, de una manera clara y definitiva, a las autoridades policíacas de la ciudad. Recordó, al mismo tiempo, la enorme cantidad de casos que se habían producido en los últimos años, muy parecidos a lo que los policías creerían cuando le escuchasen. Mucha gente, alterada por la lectura de las novelas de anticipación científica, asustada por ciertas emisiones de la radio y de la televisión, había acudido a los cuarteles de policía de todos los

Estados Unidos para denunciar la llegada de seres extraterrestres, no consiguiendo más que la burla de los que escuchaban sus manifestaciones peregrinas y el consejo de que cambiase de ambiente o se tomara unas largas vacaciones en cualquier parte.

Cuando la luz verde del semáforo se encendió, Olson avanzó con su vehículo un centenar de metros, hasta aparcarlo a la derecha, junto a un gran establecimiento a cuyo lado había un bar.

Bajó del coche, penetró en la cafetería y, después de pedir cualquier cosa en el mostrador, se dirigió directamente a la cabina telefónica.

Momentos después estaba en comunicación con los laboratorios del estudio.

—¿Milton?

—Sí, señor Olson, soy yo.

—Escuche atentamente, George. Coja una cámara portátil, la mejor que tenga a mano, y venga a verme. Estoy en el bar situado entre las calles Cincuenta y Cuatro y la Avenida de las Américas. ¿Lo conoce?

—Sí, señor.

—Quiero que venga y se sitúe a la salida, para filmar todo lo que vea en cuanto yo abandone el local. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Hasta luego.

—Hasta luego, señor Olson.

Después de unos momentos de duda, Charles marcó otro número. Con las pruebas que quería aportar a la policía, sin necesidad de trasladar las enormes bobinas de las escenas que tanto habían llamado su atención, esperaba poder hacer comprender a las autoridades de la ciudad primero y luego a las de la nación y a las del mundo, el peligro enorme que la Tierra estaba corriendo.

Marcó el número del hotel donde se alojaban los «artistas».

—Aquí el «Metropol» —dijo la voz neutra e indiferente del recepcionista.

—Tenga la amabilidad de ponerme con la habitación de la señorita Thorer.

—Las comunicaciones con esa planta están cortadas, señor. Crea que lo siento.

—¡No diga bobadas! Soy el ayudante de dirección del señor

Mattison. Diga a Linda Thorer que la llama Charles Olson.

—Un momento, señor…

Tuvo que esperar un buen rato hasta que, finalmente, la voz de «Linda» llegó hasta él.

—¿Charles?

—Sí, soy yo, Linda. ¿Estás ocupada?

—En absoluto. ¿Qué deseas?

—Verte. Hay algo muy urgente que quiero hablar contigo. Estoy en un bar, entre la calle Cincuenta y Cuatro y la Avenida de las Américas. El bar se llama «Blue Mirror». ¿Podrás encontrarlo?

—Claro que sí. Tomaré un taxi.

—Es la mejor idea. ¿Te espero, entonces?

—Dentro de quince minutos estaré allí, cariño.

—Gracias, Linda.

—Hasta ahora.

Olson colgó.

Había temido, por un momento, que aquella criatura extraña que ahora poseía la apariencia de Linda Thorer, se negase a aceptar la entrevista que le había pedido. Pero ella, pensó el joven, no podía imaginarse la clase de trampa que estaba preparando y lo más lógico era que cayese en ella.

Volvió al mostrador, bebió lo que había pedido y comprobó, al mismo tiempo, a través de las amplias cristaleras que tenía la sala, que George Milton estaba allí, en el interior de un coche de los estudios, conducido también por un chófer de la plantilla, teniendo apoyada sobre la ventanilla posterior la cámara con la que se disponía a tomar las vistas de todo lo que aconteciese en aquel lugar.

Una docena de minutos después, un taxi se detuvo a la entrada del bar, y Linda Thorer, resplandeciente de belleza como siempre, atravesó la acera y penetró en el interior del establecimiento. Después de echar una ojeada, se dirigió al lugar que ocupaba Olson.

Una sonrisa encantadora entreabrió sus labios, dejando ver la perfección de su inmaculada dentadura.

—Hola, cariño —dijo.

—Hola, Linda. Te agradezco mucho que hayas venido.

—No digas bobadas, Charles. Ya sabes que los mejores momentos los paso junto a ti.

—Eres muy amable.

—¿Puedo beber algo?

—Pide lo que quieras. Luego nos iremos. Tengo el coche aquí al lado, y hablaremos durante el camino.

—¿Dónde me llevarás?

—Luego lo sabrás. Es una pequeña sorpresa.

Ella pidió una bebida refrescante y, después de haberla consumido, colocó su mano derecha sobre el codo del joven.

—Te quiero cada vez más, Charles —dijo, en voz baja.

Olson no pudo evitar un estremecimiento.

A pesar de que la belleza resplandeciente de la joven seguía turbándole, como la primera vez que la vio, ahora se esforzaba, de una manera dolorosa, en no poner sobre aquella imagen hermosa, aquella otra que había contemplado en el estudio, en la sala de proyección. Hasta sintió repugnancia de la mano que se posaba sobre su codo, imaginándola esquelético, llena de arrugas, sencillamente monstruosa.

Pagó las consumiciones y dijo:

—Vamos, querida.

Se colocó a su izquierda, de manera que George pudiese filmarles desde que abandonasen el local. Una vez en la acera, se detuvo para encender un cigarrillo y así permitió que el «cameraman» gastase más metros de película, cosa que le interesaba por encima de lo demás.

Luego condujo a la muchacha hasta el vehículo, se sentó junto a ella, puso en marcha el auto y tomó directamente el camino que iba a conducirles, en pocos instantes, a la central policíaca de Hollywood.

Estaba completamente seguro de su triunfo. Cuando el coche se detuvo delante del portalón del cuartel general de policía, Linda frunció el ceño.

—¿Puedo saber para qué venimos aquí?

—En seguida lo verás. Hay un asunto que me interesa dilucidar y quiero que tú estés presente. No te molesta, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros.

—Nada de lo que tú hagas me molesta, Charles. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Eres muy amable, Linda. Vamos.

Había un patio detrás del portalón y luego un interminable pasillo por donde anduvieron, seguidos de cerca por Milton, hasta detenerse ante una puerta que correspondía a la de uno de los inspectores jefes de la casa. Sobre el cristal traslúcido se leía, con letras negras, el nombre del inspector:

A. F. Desmond.

El inspector era un hombre alto, delgado, de unos cuarenta y cuatro años de edad, con algunas hebras blancas en las sienes. Recibió a la pareja con una sonrisa simpática y les rogó que ocuparan los sillones que había delante de la mesa. La estancia era amplia y casi toda ella estaba llena de muebles metálicos y archivos.

—¿Y bien? —preguntó el inspector.

Habiéndose situado de manera que la falsa Linda Thorer no pudiera ver el lado izquierdo de su rostro, Charles guiñó el ojo de ese lado, y el policía pareció comprender de inmediato que lo que iba a decirle no estaba en relación con el motivo verdadero de la visita.

Desearíamos —explicó Olson— visitar un poco este departamento, señor inspector. Soy Charles Olson, ayudante de dirección de Fred Mattison. Y ésta es la señorita…

—… Linda Thorer —rió el policía—. ¿Cree usted acaso que no voy al cine?

—Lo supongo. Verá usted, señor inspector: mi director, el señor Mattison, me ha encargado preparar un poco el escenario y el ambiente para una película policíaca que vamos a iniciar en cuanto acabemos la que estamos filmando en estos momentos. Él hubiese querido venir conmigo, pero le ha sido imposible acompañarme. Si he traído a la señorita Thorer es para que ella se vaya percatando también del ambiente donde tendrá que desarrollar su próxima película.

Y, volviéndose hacia la falsa actriz Linda Thorer, le sonrió:

—De acuerdo —dijo el policíaca quien no podía escapado la oculta intención de su interlocutor—. Como seguramente en esa película que ustedes proyectan y en la que ha de intervenir la señorita Thorer será necesario que reproduzcan ustedes un poco el interior de la sección de mujeres detenidas, voy a hacer que una de nuestras policías acompañe a la señorita para que vea, con sus

propios ojos, el ambiente que allí reina.

En efecto, momentos después, una policía uniformada, del Cuerpo Femenino, se presentaba y saludaba de una manera gallarda y militar. Linda se levantó, sonriente, y salió en compañía de la agente. En cuanto la puerta se cerró, Olson empezó a hablar, sin olvidar ningún detalle, explicando al inspector Desmond el verdadero motivo de su visita a la policía.

Mientras hablaba, el policía le miraba con extrañeza, frunciendo el ceño, tomando notas de vez en cuando sobre un cuaderno que había abierto sobre la mesa de despacho.

—Ya sé que todo esto le parecerá muy extraño, inspector —terminó diciendo Olson—. Pero le he explicado que el jefe del laboratorio ha filmado nuestra llegada y usted mismo puede hacer que revelen la película para comprobar que lo que le he dicho es verdad.

—Y ¿se puede saber por qué se ha hecho usted acompañar por esa mujer?

—Porque la considero la más peligrosa, señor. Y desearía, de todo corazón, en cuanto usted compruebe la verdad de lo que le he comunicado, que la encierre.

—¿Y los otros dos?

—Podrá usted detenerlos en el hotel «Metropol».

El policía sonrió.

—Si todo esto es cierto, señor Olson —dijo—, habrá usted hecho un gran servicio al país y al resto del mundo. ¿Dónde ha dejado a su «cameraman»?

—Está en el patio, señor inspector.

—Voy a decir que venga. Es decir, iremos por él y así, aprovechando el tiempo, pasaremos por el laboratorio fotográfico de la central. Quiero comprobar todos esos puntos que, se lo confieso con franqueza, me parecen salidos de uno de esos argumentos fantásticos a que el cine nos tiene acostumbrados.

—¡Ojalá fuera así, señor inspector! —exclamó Charles.

No tardaron más de cinco minutos en encontrarse los tres en el importante laboratorio fotográfico de la central policíaca de Hollywood. Una vez allí, George Milton entregó la película en el interior de la cámara oscura y los técnicos de la policía se pusieron a trabajar a toda velocidad.

—Volvamos a mi despacho —dijo Desmond—. La visita a la sección de mujeres debe de estar por terminar y no quisiera que… Linda Thorer, o quien sea, sospechase algo.

—Me parece bien.

Dejando a Milton junto al especialista de revelados de la policía, los dos hombres volvieron al despacho del inspector, a donde no tardó en llegar Linda Thorer, acompañada siempre por la policía de uniforme.

—¿Le ha gustado? —preguntó el inspector.

—Muchísimo —repuso Linda—. Es un ambiente muy interesante. Creo que me gustará mucho hacer esa película, Charles —añadió, volviéndose hacia el joven.

Luego ocupó de nuevo su asiento.

Al darse cuenta de la importancia de la espera, el inspector empezó a hablar, relatando la marcha dentro de la Central policíaca. Habló de algunos casos curiosos que había conocido, entreteniendo así a sus visitantes en espera de que le comunicasen los resultados obtenidos en el laboratorio fotográfico de la Central. También Olson estaba nervioso.

De vez en cuando miraba de reojo a la muchacha, que seguía atentamente las explicaciones divertidas y curiosas del inspector El parecido con la verdadera Linda Thorer era extraordinario.

Pero, habiendo visto aquellas imágenes en la sala de proyección de los estudios, Olson no podía evitar un estremecimiento al pensar que todo aquello no era más que la apariencia externa y que, en realidad, aquella criatura extraña que tenía a su lado era un ser monstruoso, envejecido por una vida cuya longitud era imposible de calcular, y que la había reducido a un montón de huesos apenas cubierto por una piel arrugada, cuya semejanza con el barro seco le había llamado la atención desde el primer momento.

Una vez que la policía tuviese las pruebas necesarias, Olson estaba seguro de que se detendría a los tres seres del espacio exterior, al tiempo que se comunicaría a toda la Tierra una llamada de advertencia para evitar que otras infiltraciones pudieran hacerse. Porque no dudaba ni un solo instante que aquellos tres seres extraños no eran más que la vanguardia de algún ejército de invasión a la Tierra que se estaba preparando en la eterna negrura del espacio, para interferir y destruir una civilización que, con toda

seguridad, no debía de estar preparada para defenderse. De repente, uno de los teléfonos de la mesa se puso a repiquetear con insistencia.

Olson notó que la mano del inspector Desmond temblaba un poco cuando la posó sobre el aparato para llevárselo junto al rostro.

—Hable…

Ni Linda ni Olson podían oír la voz que sonaba en el auricular como un murmullo apagado. Tensando los músculos, Charles esperó con verdadera ansiedad a que la comunicación terminara. Y, cuando vio que el inspector posaba de nuevo el microteléfono sobre la horquilla, respiró, comprendiendo que el momento más importante de aquel paso que había dado acababa de llegar.

El policía se puso en pie.

—Voy a acompañarla un instante, señorita Thorer —dijo—; quiero enseñarle algo verdaderamente curioso.

¡Las pruebas eran reales!

Una gran alegría penetró en el pecho de Olson. Se daba perfecta cuenta de que lo que deseaba el policía era detener a la muchacha fuera de su vista. Ella se puso en pie, sonriendo como siempre, y siguió al policía. Pero se detuvo antes de llegar a la puerta.

—Te esperaré abajo, querido —dijo.

—Está bien —replicó Olson, con un hilo de voz.

Al quedarse solo, lanzó un profundo suspiro.

Estaba completamente convencido de que el policía, una vez hubiera encerrado a aquella extraña criatura, enviaría una patrulla para que, en el hotel «Metropol», se apoderasen del falso Alan Colster y del no menos falso Douglas Marlow. Una sensación de triunfo se apoderó de él y, convencido de que había conseguido lo que se proponía, sacó un paquete de cigarrillos, extrajo uno y se lo puso en los labios.

Fue en aquel momento cuando la puerta del despacho se abrió.

El inspector Desmond no venía solo. Dos agentes le acompañaban. Dos hombres altos, fuertes, de mirada severa. En cuanto hubieron entrado, Desmond les señaló a Charles:

—Métanlo en una celda —dijo—. Ya he avisado al psiquiatra.

Charles no daba crédito a lo que estaba oyendo.

Se puso en pie, terriblemente pálido, mientras los dos agentes le sujetaban con fuerza, uno por cada brazo. Pero aquello no

importaba a Charles, sino que siguió mirando con intensidad al inspector.

—¿Qué hace usted?

—Lo normal, amigo mío —repuso el policía—. No me extraña, con el ritmo de vida que llevan ustedes, que su razón haya sido alterada. Pero esto son cosas que sólo atañen al psiquiatra…

—¡Yo no estoy loco!

—Ya lo sé —sonrió el inspector—. Nos ha hecho usted perder mucho tiempo, señor Olson. Hemos revelado la cinta y no hay nada en ella que demuestre las fantasías que usted me ha contado. Por lo visto —agregó, después de una pausa—, su amigo, el señor Milton, se ha visto afectado por el mismo tipo de locura que usted. Hemos tenido que encerrarle también.

—¡Cometen ustedes un grave error!

—Es muy posible. Pero el médico arreglará todo esto.

Miró con verdadera pena el pálido rostro de Olson, y agregó:

—Vaya con esos dos agentes y no se resista. Sería peor para usted.

Vencido, deshecho, Olson se dejó llevar por sus fuertes acompañantes. Una vez abandonado el despacho, le hicieron entrar en un ascensor que le llevó hasta el sótano, donde le introdujeron en la misma celda en la que ya le esperaba George Milton.

Cuando estuvieron solos, después de un largo silencio, no pudiendo más, Milton exclamó:

—¡No lo entiendo, señor Olson!

—¿La proyección fue normal?

—Por completo. ¿Será verdad que nos hemos vuelto locos?

—No lo creo. Pero aquí hay gato encerrado, Milton. Voy a comunicar al inspector, ahora mismo, que mande a buscar las copias que proyectamos en los estudios. ¿No te parece una excelente idea?

—En efecto, señor.

—Así se convencerán de que no hemos mentido.

A través de uno de los guardianes, Olson envió el mensaje al inspector. Dos horas más tarde, el propio Desmond descendía hacia las celdas y se detenía delante de la puerta de gruesos barrotes.

—¿Está usted convencido ahora? —le preguntó Olson, acercándose tembloroso a los barrotes.

—Por completo —repuso el policía—. Pero no se preocupe, amigo mío. El psiquiatra que he llamado es el mejor de la ciudad.

—¿Qué quiere usted decir? —bramó Charles.

—Que no hemos encontrado ninguna película en la que apareciese nada semejante a esas terribles criaturas que la imaginación de usted y la de su amigo han creado. Tengan un poco de paciencia, por favor.

Y se alejó.

Separándose de los barrotes, Olson retrocedió hasta dejarse caer sobre el camastro que había a la derecha. Una especie de terrible desgana se apoderó de él.

No, no lo comprendía. Y, mirando de reojo a Milton, que también se había echado sobre su camastro, se preguntó, con angustia, si verdaderamente no estarían locos los dos.

CAPÍTULO VIII

aminando de un lado a otro de su celda, Charles, enfurecido, no dejaba de golpear las paredes acolchadas, que resistían todos sus golpes. Una especie de loco furor se había apoderado de él. Trasladado a aquel manicomio, no le pesaban los momentos que estaban haciéndole pasar, sino la ingratitud y la estupidez de aquel jefe de policía que, dejándose llevar por la desaparición de unas pruebas, se había negado a creer lo que él le había contado.

Sin duda, se dijo, algo debía de haber ocurrido para que la película tomada por Milton no reprodujese, de la misma manera que aquellas copias que había proyectado en los estudios, la repugnante imagen de la criatura extraterrena que había tomado la apariencia y la personalidad de Linda Thorer.

Sometiendo su cerebro a un trabajo durísimo, el joven ayudante de director se preguntó, una vez más, cómo había sido posible que la cámara mintiese. Y no tuvo más remedio que rendirse a la

evidencia, contestándose a aquella pregunta para llegar a la conclusión de que las extrañas criaturas que habían llegado desde fuera de la Tierra, poseían poderes especiales, capaces de tergiversar incluso las imágenes captadas en la película virgen, cosa que no habían hecho en la primera ocasión, ya que los tres ignoraban por completo que tal cosa hubiera sucedido.

Eso debía de ser lo ocurrido.

Pero no había más que una manera de explicarse la actitud ladina de la falsa Linda Thorer. Ni Milton, ni el director, ni él, habían dicho una sola palabra de lo ocurrido en la sala de proyecciones. En realidad, sólo George y él fueron los que vieron las terribles imágenes, aparte del operario proyector, que también debía de haber guardado silencio.

Y, para que aquello se supiera, para que la noticia llegara hasta los tres misteriosos personajes que se albergaban en el «Metropol», sólo podía pensarse que éstos poseían la manera de leer el pensamiento de los humanos; es decir, que tenían poderes telepáticos.

Así se explicaba todo.

Y aquello significaba también un peligro terrible para la Tierra. Porque si las criaturas venidas del espacio eran capaces de leer los pensamientos de los terrícolas, de influir incluso en sus mentes, bastaban unos cuantos equipos de aquellos seres extraterrestres para ir influyendo en la civilización de la Tierra y terminar dominándola, sin demasiado esfuerzo por parte de los invasores.

De ahí la cólera de Charles Olson.

Las estúpidas preguntas del psiquiatra, la clase de análisis que le habían hecho, los complicados «Tests», le pusieron fuera de sí. Por eso le habían encerrado en aquella celda de paredes acolchadas. ¡Le habían tomado por un loco peligroso!

¡Banda de estúpidos!

Él había hecho lo posible para que el médico comprendiera su punto de vista, hablando con regularidad, despacio, de manera normal. Le había explicado todo, desde el comienzo, desde aquel preciso instante en que la astronave había descendido y tomaron las vistas que después, en el negativo de color, demostraron la verdadera personalidad de los falsos artistas. Había dominado su cólera, frenado sus nervios, esperando que el médico, que le

contemplaba con una impenetrable expresión, comprendiera su punto de vista y se percatara del tremendo peligro que Charles le estaba anunciando.

Pero el psiquiatra se permitió dudar de su palabra. Era evidente, y así lo pensaba ahora Charles, que aquel hombre había visto desfilar por su despacho a muchos enfermos con alucinaciones parecidas a lo que él le había contado. Pero, al mismo tiempo, debía haber sido lo suficientemente inteligente para separar lo falso de lo cierto, la verdad de la mentira. Y, en vez de eso, se había permitido el lujo de burlarse de Olson, de intentar hacerle ver que todo aquello no era más que producto de la fantasía.

Y eso fue lo que enloqueció al falso paciente.

El resultado era aquél: se encontraba en aquella celda y era casi seguro que tardarían muchísimo tiempo en volver a comunicarse con él, salvo en las contadísimas excepciones en que le trajeran el alimento, tres veces al día.

Volvió a golpear con furia las paredes acolchadas. Y, de repente, algo se produjo en el interior de su cerebro. Fue como si una luz interna cegase sus sentidos. Se quedó quieto, en una actitud ridícula y un tanto cómica, con los puños levantados como si quisiera seguir golpeando las paredes de la celda. Y luego, de forma paulatina, una especie de tremenda paz y de seguridad penetró en él, borrando las huellas que la cólera había dejado en su conciencia. Retrocedió, sentóse sobre el borde del camastro y esperó, con una seguridad intuitiva, como si supiera que tenía que ocurrir algo. Y así fue.

Momentos más tarde, la voz de Linda Thorer, una voz interna y sin sonido, puramente mortal, llegaba hasta él.

«Hola, querido».

Los músculos de su cuerpo se contrajeron.

Era como una resistencia a algo que no podía concebir. Pero una nueva oleada de blandura, de tranquilidad, recayó sobre él, haciendo que dejase aquella postura erecta, aquella dolorosa contracción de todo el cuerpo que le mantenía tieso como un palo.

«No te preocupes, querido —siguió diciendo la voz—. Voy a ayudarte».

Atreviéndose, Olson dijo, en voz alta:

—¿Dónde estás, Linda?

«No hace falta que hables, amor mío —repuso la voz interna de

ella—. Basta que pienses tus respuestas. Estoy comunicándome contigo gracias a un procedimiento telepático. Sé que tú ya habías sospechado que nosotros, nosotros tres, poseíamos ese arma mental tan extraordinaria».

«Es cierto».

«No puedes imaginarte cuánto lamento lo ocurrido».

«Y ¿qué piensas hacer ahora?».

«Ya te lo he dicho antes: salvarte. Y espera un poco. Dentro de unos instantes la puerta de tu celda se abrirá. No hagas caso a nada de lo que veas. Tampoco quiero que te detengas. Dirígete hacia la salida del sanatorio. Allí te estoy esperando, en un coche».

El silencio mental cayó directamente sobre él.

Sin dar crédito a lo que acababa de «oír», asustado por la posibilidad de que verdaderas alucinaciones viniesen ahora a demostrar el mal estado de su cerebro, Olson se sintió, al principio, sobrecogido por un íntimo y terrible pavor. Pero, en aquel momento, la puerta de la celda se abrió.

Charles se puso en pie y se dirigió hacia la salida de la celda. Allí vio, son sorpresa, que había sido el guardián quien la había abierto. El hombre le miraba con los ojos dilatados, pero con una expresión especial en la mirada, cosa que hizo comprender en seguida a Olson que aquel desgraciado estaba bajo el efecto de un potente influjo hipnótico.

No lo dudó más.

Avanzando rápidamente por el pasillo, encontró a otros personajes de la clínica: médicos, enfermeras, incluso visitantes. Todos ellos estaban inmóviles, parecían estatuas, bajo el efecto poderoso de la hipnosis que debía de llegar, a través de ondas mentales, desde el exterior, donde la poderosa Linda Thorer, de alguna manera había que llamarla, estaba actuando sobre ellos.

Apretando el paso, Olson llegó junto a la escalera y descendió con rapidez los escalones cubiertos por una espesa y elegante alfombra. Una vez en el vestíbulo, la escena vista en los pasillos del piso superior se repitió, de manera más amplia, ya que allí había muchas personas, seguramente visitantes, todos ellos en la misma actitud de inmovilidad que los que el joven había encontrado en el pasillo del primer piso.

La puerta estaba abierta.

Al atravesar el umbral, Olson no pudo contener un suspiro de satisfacción. ¡Estaba respirando aire libre! Y, sin poder evitarlo, apretó el paso, hasta echar a correr de manera franca. Y así atravesó el amplio jardín, para salir delante del portero que mantenía aquella misma actitud de monigote, y luego dirigirse hacia el vehículo donde Linda Thorer, es decir, «la otra», le estaba esperando.

Nada más sentarse en el coche, éste se puso en marcha y corrió velozmente por la amplia avenida.

* * *

Charles pensó unos momentos que la falsa Linda le conduciría al hotel «Metropol». Pero no fue así. La mujer, que conducía el vehículo con verdadera maestría, se alejó del centro de la ciudad y tomó una de las carreteras que conducían al exterior de la urbe. Sin cambiar una sola palabra con Olson, ella apretó el acelerador, una vez en la autopista, y el coche se alejó a gran velocidad de la ciudad, que quedó atrás, confundiéndose cada vez más con la neblina que la cubría casi por completo.

Fue mucho más tarde, cuando ya casi empezaba a anochecer, que el vehículo se detuvo en un sitio solitario, no lejos del mar, ya que desde lo alto de la carretera, que bordeaba un profundo acantilado, se oía el rumor sordo y apagado de las olas que se estrellaban rítmicamente contra las rocas, en la misma base de la carretera.

Linda se volvió hacia él.

—¿Contento, Charles? —preguntó.

—Bastante, Linda. Es decir…

Ella frunció el ceño.

—¿Decías algo? —preguntó, al ver que él guardaba silencio.

—Sí. Hemos de poner las cartas sobre la mesa, amiga mía. Ya sé que no eres Linda.

La sonrisa se amplió en los labios de ella.

—Sé que lo sabes, Charles. Pero ¿tanto te importa eso?

Olson hizo una mueca.

—Es probable que sí.

—Yo sé que estás enamorado de la verdadera Linda, Charles. Lo

descubrí en seguida. Pero ¿no me parezco a ella como una gota de agua a otra gota de agua?

—Depende…

—¿De qué?

—Bien lo sabes. Tuve tiempo de ver lo que verdaderamente eras cuando proyectamos aquel trozo de película.

Ella no se inmutó.

—¿Te referías a eso?

—¿Te parece poco?

—Muy poco, querido mío. La cámara captó, en realidad, un aspecto de nuestra anatomía que sólo es posible contemplar en este planeta. Sí, ya sé que somos muy viejos, varias veces centenarios, y que nuestra piel y nuestro cuerpo han podido descubrir los defectos gracias a esas malditas cámaras. Pero tú me ves con tus ojos, Charles. ¿No soy tan hermosa como Linda?

—Aparentemente, sí.

—Puedes decir que realmente, Olson. Tú no tienes ojos de vidrio, ojos muertos como esas cámaras de luz. Me estás viendo tal como soy.

—No puedo creerte.

—Pronto me creerás. No creas que ninguno de los tres hayamos escogido la personalidad de esos histéricos actores de cine. Lo que ocurrió, sencillamente, fue que coincidimos con ello, y que nos parecemos bastante, desde el punto de vista físico. Pronto te darás cuenta, porque quiero llevarte conmigo, Charles.

—¿Adonde?

—Poco importa. Tengo en mis manos poderes suficientes para que seamos inmensamente ricos. Dejaremos que Akra y Ornuz regresen a Marte.

—¿Quiénes son ésos?

—Los que tú conoces bajo el nombre de Alan Colster y Douglas Marlow. Akra es mi padre. Ornuz era mi esposo.

—¿Vas a abandonarle?

Ella sonrió.

—Tú no podrías comprender, Charles. Las cosas no son en Marte como aquí. En el fondo, a Ornuz le importo muy poco. Lo mismo que él me importa a mí. Pero aquí, en la Tierra, al leer tus pensamientos, al analizar tus sentimientos, he descubierto algo

verdaderamente maravilloso, algo que ha desaparecido de mi planeta al mismo tiempo que llegábamos al más alto estadio de la civilización.

—¿Qué es ello?

—El amor, cariño. Un amor primitivo y salvaje, a los ojos de los sabios habitantes de Marte. Pero, es curioso; para una mujer como yo, que sólo lo era en su planeta bajo un aspecto exterior, el descubrimiento me ha removido hasta lo más íntimo. Quizá no estaba tan evolucionada como mi padre y mi esposo creían. Y es muy posible que haya quedado en el fondo de mi carne una especie de recuerdo lejano de lo que fue la vida en Marte cuando faltaban miles de años para que yo naciera. Pero eso ha ocurrido, Charles. He descubierto el amor en la Tierra, una cosa nueva, atractiva, maravillosa…

—Y ¿crees que ellos te dejarán quedarte aquí?

—Claro que sí. Dentro de poco, nuestra nave, la que vosotros tomasteis por la falsa que habíais construido, estará arreglada. Y Akra, mi padre, y Ornuz, mi esposo, regresarán al planeta.

—¿Y los verdaderos Alan Colster, Douglas Marlow y Linda Thorer?

—También regresarán a la Tierra. Están protegidos, gracias a un aviso que mi padre envió a Marte cuando nos vimos obligados a lanzarlos al espacio. Volverán, no te preocupes. Pero quiero que me prometas algo…

—¿Qué?

—Que no pensarás nunca más en la verdadera Linda Thorer. Yo te cuidaré, Charles. Mis poderes telepáticos y otros que no puedes ni siquiera imaginar, estarán a tu disposición. Serás rico, poderoso, pero siempre a mi lado.

Olson no pudo evitar un estremecimiento.

—Y ¿si no acepto tu proposición? —preguntó, sin atreverse a mirar a la mujer.

—La aceptarás. Tengo los medios suficientes para obligarte, cariño. Pero no quiero hacerlo… a menos que tú me obligues…

—Comprendo. Serás capaz de dominarme como a todos esos hombres y mujeres a los que has adormecido para permitirme que escapara del manicomio.

—Así es, cariño. Me dolería mucho, pero no tendría más

remedio que hacerlo.

Charles se mordió los labios.

Hubiera dado cualquier cosa por tener una pistola al alcance de su mano. De haberla tenido, hubiera disparado sin la menor vacilación contra aquella criatura monstruosa que se escondía detrás del aspecto agradable y hermoso de Linda Thorer. Porque él sabía lo que se escondía al otro lado de aquella piel, de los ojos aterciopelados, de la boca perfectamente dibujada, de los cabellos sedosos que caían sobre los hombros femeninos.

Él lo sabía.

Una piel ajada, repleta de arrugas, cubriendo apenas un esqueleto. El aspecto total y global de un ser que había vivido cientos y cientos de años y que el frío ojo de las cámaras de cine, aquel frío ojo de cristal del que había hablado ella, había descubierto, al mismo tiempo que la horrenda maquinación de aquellas criaturas, venidas del espacio, que jugaban con los humanos gracias a los poderes excepcionales que poseían.

CAPÍTULO IX



a astronave estaba descendiendo.

A pesar de estar mirándola, de no separar los ojos de ella, Charles Olson tardó muchísimo tiempo en entrar en contacto con la realidad. Estaba sumido en una especie de raro estado, como si hubiese roto todas las amarras con el mundo exterior y se hubiese dejado arrastrar por algo que no acertaba a comprender muy bien.

Cuando se fijó en la astronave, que bajaba desde lo alto del estudio, mientras el característico zumbido de las cámaras se oía a su alrededor, Olson frunció el ceño e intentó, por todos los medios, situarse en el espacio y el tiempo; es decir, en saber exactamente qué hacía y dónde estaba.

Su mirada recorrió el estudio, desde lo alto de la grúa que estaba descendiendo la astronave, pasando por las dobles hileras de focos que iluminaban la escena, cayendo después sobre algunas de las cámaras que tomaban planos especiales, recorriendo luego aquella

reproducción exacta del desierto de Nevada y terminando, por último, observando a la gente que estaba a su lado: la «scrip», el equipo de sonido, los escenaristas y, justamente delante de él mismo, el sillón donde se acomodaba Fred Mattison. Estaba en el estudio.

Una vez que tuvo completa conciencia del lugar donde se encontraba, su cerebro, que parecía sufrir una enfermedad que le hiciese trabajar demasiado despacio, al ralentí, entró en funcionamiento de nuevo para descubrir, con la mayor precisión posible, lo que estaba haciendo.

Naturalmente, su propia conciencia buscó en los recuerdos más próximos el apoyo para situarse en el presente. Y revivió, con cierta facilidad, la escena de su visita al camerino de Linda Thorer, la actitud de ésta y la colaboración de sus dos compañeros, Alan Colster y Douglas Marlow, a los que había visitado después de la muchacha.

Hasta ahí todo estaba bien.

Incluso podía recordar las palabras que había intercambiado con Mattison, el ruego de éste para que visitara a los artistas y le deseo común de avanzar un poco la película, en sus últimas escenas, solicitando de los protagonistas una colaboración más estrecha y un esfuerzo un tanto más intenso.

Pero…

Todo lo que la memoria le descubría después estaba en relación con algo que le impresionaba de manera profunda. Y la duda, la terrible duda, nació en cuanto su cerebro le descubrió algunos recuerdos que parecían no estar en relación con el presente y que, sin embargo, eran muchísimo más largos y prolongados que todas las escenas que acababa de revivir y que, de manera lógica, habían sucedido antes de que la grúa empezara a descender la astronave.

¡La astronave!

Levantó la mirada y comprobó con qué cuidado iba descendiendo el artefacto que los escenaristas habían creado y en cuyo interior debían encontrarse, en aquel momento, los tres protagonistas de la película.

Escarbando en su memoria, pero con mucho cuidado, sabiendo que iba a proyectarse de repente en un abismo de profundidad inconcebible, Olson fijó su mirada en el curioso aparato que,

sujetado por los cables, iba bajando con lentitud, permitiendo así que las cámaras estratégicamente situadas fueran obteniendo distintos planos del cosmonavío, mucho antes de que éste empezase a lanzar, con sus falsas toberas, los chorros de humo que hiciesen creer al público qué se habían puesto en funcionamiento los cohetes de frenaje.

Allí estaba la astronave.

Y en su interior… Sin poder evitarlo, Olson sintió que un escalofrío recorría su espalda. Acababa de abrirse la puerta de otros recuerdos y se vio proyectado, con brusquedad, en un mundo extraño, en una serie de hechos en los que tenía la seguridad absoluta de haber tomado parte integrante, principal. ¿Cómo podía ser eso?

Todo lo que recordaba ahora, en imágenes sucesivas, como la proyección de una película en la cámara de pruebas, estaba relacionado con algo que había ocurrido «después» del descenso de la astronave y, sin embargo, el curioso aparato estaba todavía allí, en lo alto, descendiendo con suavidad gracias a los cables que le sujetaban a las grúas especialmente montadas en el alto techo del estudio.

¿Entonces?…

No le quedaba más que una respuesta para aquella pregunta.

Dejándose llevar por la imaginación, había soñado, en poquísimos minutos, sin moverse de allí, la más fantástica aventura que hubiese podido imaginarse jamás. Por el momento, la idea de que se había dejado llevar por su fantasía, le complació. Nada podía agradarle tanto como aquello, en efecto. Pero la sensación de angustia que experimentaba y que era como algo que se hubiese clavado en lo más profundo de su alma, le sobrecogió de nuevo y las dudas se soltaron.

Con un gesto nervioso, echó una ojeada a su reloj de pulsera e intentó calcular el tiempo que había transcurrido desde que visitó a los protagonistas y volvió al estudio para decirle a Mattison que todo iba a marchar bien.

Pero el reloj no le dio ninguna seguridad.

La verdad era que no se había fijado en la hora cuando abandonó el estudio y que, por lo tanto, ignoraba el tiempo que estuvo fuera de él. De todas maneras, pensó, era por completo

imposible que todo lo que ahora se acumulaba en su cerebro hubiese transcurrido en un tiempo tan relativamente corto como el que debió de estar separado de Mattison. Aunque…

Volvió a estremecerse.

Había leído demasiadas historias de anticipación científica, para no haber tropezado en algunas de ellas con fenómenos tan raros como el de la «contracción del tiempo». Era muy posible, por lo tanto, que todo lo que ahora recordaba con tanta fidelidad hubiese acontecido en una especie de paréntesis temporal, de la misma manera que un sueño que dura apenas unos segundos parece haber ocupado durante largas horas la mente del que lo padece. Y si todo aquello que ahora hervía en su cerebro había sucedido de manera cierta, indudable, ¿no se habían dado cuenta los demás?

Volviendo a sus recuerdos, se percató de que no había sido él sólo quien jugó un papel de protagonista en aquella fantástica aventura. También Mattison había estado en el centro de la escena, sobre todo cuando le comunicó lo que había descubierto en la sala de proyección de los estudios al observar los negativos en color de las escenas filmadas a partir del momento en que la astronave se había posado en el falso suelo del desierto de Nevada, creado en el estudio.

Miró a Mattison.

El director estaba tranquilo, si es que podía llamarse así a su actitud habitual. Fumando cigarrillo tras cigarrillo, echando mano de vez en cuando al vaso que tenía sobre una mesita vecina a su sillón, Fred seguía con atención concentrada el movimiento de la astronave, el conjunto de las operaciones que estaban realizándose para filmar aquella importante secuencia.

Durante un par de minutos, Olson dudó, pero luego se decidió, con brusquedad. Se inclinó y tocó con cuidado el hombro de su director.

Mattison se volvió, sonriente:

—¿Qué hay, Charles? —le preguntó, seguro de que su ayudante acababa de ver algo que no marchaba bien.

Pero Olson se limitó, por el momento, a mirar con fijeza los ojos de Mattison. Luego, con un hilo de voz, le preguntó:

—¿No recuerda usted nada, señor?

Fred frunció el ceño.

—¿Recordar? —preguntó, con un brillo de extrañeza en los ojos.

—Sí —siguió diciendo Olson—. Dígame una cosa, señor: ¿es la primera vez que rodamos esta secuencia?

—¡Naturalmente! —contestó Mattison, sorprendido. Y sin dejar de sonreír, volvió el rostro de nuevo hacia la escena, quizá preguntándose en su interior qué mosca había picado a su ayudante.

Olson también levantó la cabeza.

La astronave seguía descendiendo con lentitud. Se había dado un tiempo de quince a veinte minutos para que las cámaras pudiesen obtener la cantidad suficiente de planos para después escoger los mejores, en el momento del montaje.

En realidad, el complicado andamiaje del servicio de grúas había costado demasiado trabajo para no aprovechar ahora al máximo la posibilidad de obtener todas las vistas necesarias para que aquella escena, al ser contemplada por el público, causase la impresión con la que ya contaba el director del film.

Pero…

La intensidad de los pensamientos de Olson estaba cambiando a gran velocidad. Lo que al principio fue inseguridad, duda, incertidumbre, se convertía ahora en una certeza que le daba escalofríos. Si había conseguido hasta el momento detener el flujo de recuerdos que amenazaba con precipitarse en su mente, lo había conseguido a fuerza de voluntad, pero ahora ante él desfilaron las escenas de aquella alucinante aventura que había terminado en el coche de la falsa Linda, lejos de la ciudad, en un lugar solitario y cercano a un acantilado que proyectaba su verticalidad sobre el mar.

Revivió todo.

Fue como si volviese a jugar aquel papel de primera importancia desde el momento en que la astronave se posó sobre el suelo del estudio. Y, mientras miraba al cosmonavío, que proseguía su descenso con una lentitud desesperante, Olson, sin poder contenerse más, se agachó para recoger unos prismáticos, que generalmente utilizaba Mattison, y con ellos miró con toda atención el navío espacial que colgaba sobre las cabezas de todos los presentes.

Tenía que encontrar un fallo.

Para que las cosas que pensaba fuesen reales, es decir, hubiesen

ocurrido, era necesario que hallase algún defecto, alguna anormalidad en aquella escena que debiera haberse representado ya, derivando de ella una serie de cosas horribles que se habían concretado, finalmente, en la aparición de un peligro de invasión cósmica para la Tierra.

Durante unos instantes, cuando se precisaron sobre su conciencia las imágenes de su estancia en el manicomio, Olson sintió que sus cabellos se erizaban sobre su cabeza. A pesar de estar mirando a través de los binoculares la superficie grisácea del cosmonavío, su atención estaba muy lejos de allí, presa de la angustia que le producía recordar aquella celda de paredes acolchadas donde había sido encerrado, y de la que había conseguido escapar gracias a los poderes telepáticos de la falsa Linda.

¿Estaba verdaderamente loco?

El aumento visual de los gemelos le permitió recorrer, con todo detalle, la metálica superficie de la astronave. La forma era idéntica, así lo pensaba él, a la de los planos que había estudiado junto a Mattison, cuando el escenarista y los técnicos que la ayudaban realizaron aquel aparato espacial. Pero cuando su vista se posó sobre el final de uno de los cables que, de manera normal, debía sujetar la astronave en su descenso, cables que luego serían borrados del negativo, para dar la ilusión de que la astronave descendía por sí misma, estuvo a punto de gritar al percatarse de que el final del cable no llegaba a tocar la superficie del aparato.

No dio crédito a sus ojos, al menos por el momento. Luego, mientras su corazón se ponía a latir con una fuerza inusitada, enfocó con mayor precisión el aparato óptico que tenía delante de los ojos y comprobó, ahora sin ninguna duda, que no se había equivocado en su primera observación. En efecto, el cable estaba separado de la superficie de la cosmonave y no mantenía contacto alguno con ella. Lo que quería decir, de manera clara y terminante, que la astronave estaba descendiendo por sí misma.

De nuevo se sintió angustiado.

Si lo que estaba viendo era cierto, todos los recuerdos que seguían agolpándose en el interior de su cerebro eran un reflejo vivo de la realidad. De una realidad que había acontecido, en un tiempo cualquiera, pero impregnada de verdad, que no tenía nada

que ver con su temor de que se hubiese tratado, simplemente, de una alucinación fantástica que hubiese experimentado en los minutos que llevaba sentado junto a Mattison.

¿Entonces?…

Entonces, pareció contestarle una voz en la conciencia: «Todo lo que has pensado es cierto. Todo ha ocurrido. No debes preguntarte por qué. Acabas de descubrir la verdad y debes tomar las medidas necesarias para impedir que las cosas sucedan otra vez».

Hubiese dado cualquier cosa porque sus gemelos tuvieran el poder de penetración suficiente para examinar el interior de la astronave. Porque ahora estaba seguro de que allí dentro, en vez de hallarse Alan Colster, Douglas Marlow y Linda Thorer, se encontraban las tres criaturas que había conseguido descubrir gracias a la proyección de la primera copia del film en la sala del laboratorio de los estudios.

Pero ¿qué podía hacer?

Si todo era cierto, si en el interior del cosmonavío viajaban, en aquel instante, tres criaturas procedentes del espacio exterior, a las que ya conocía, cuyos poderes había experimentado, no veía cómo evitar que lo que le parecía haber sucedido volviese a repetirse.

Era como para volverse loco.

Porque, si dejaba que las cosas volvieran a suceder, y eso era lo que no conseguía explicarse de manera clara, tenía la clara intuición de que ya no podría evitar que la repetición de los hechos tuviese la gravedad que había tenido. Y si los tres marcianos, Akra, Desma y Ornuz, y se maravilló de recordar sus nombres, bajaban de aquel aparato, el curso de las cosas, el encadenamiento de los acontecimientos, se convertiría, de repente, en un peligro verdadero para toda la humanidad, para la totalidad de los habitantes de la Tierra.

¡Tenía que hacer algo!

La astronave estaba ahora a una distancia de diez metros del suelo y sus falsas toberas, ¿eran falsas en realidad?, empezaron a soltar potentes chorros de humo que harían creer al público que se trataba de los cohetes de frenaje. No le quedaba, por lo tanto, muchísimo tiempo para llevar a cabo el proyecto que empezaba ahora, en aquellos instantes, a perfilarse en el interior de su amedrentado espíritu. Sí, tenía que hacer algo.

Y fue entonces, quizá por pura casualidad, así lo pensó él, que recordó la existencia de una palanca de seguridad montada junto a la rueda dentada por la que se movían los cables. Estuvo a punto de cometer una tontería, ya que olvidó por completo que los cables de la grúa no estaban en contacto con la astronave.

El descubrimiento de aquella verdad que acababa de ver a través de los prismáticos le hizo sonreír. Y aunque más que sonrisa lo que abrió sus labios fue una mueca, se sintió momentáneamente capaz de llevar a cabo algo que evitase y suprimiera el terrible peligro que iba a significar el que aquella astronave se posase sobre el suelo del estudio y su puerta se abriese, dando libertad a tres extrañas criaturas que venían de otro mundo.

No, tenía que encontrar otra solución.

Y su cerebro volvió a funcionar a la perfección, dándole una nueva impresión de poder. Eso era. En uno de los rincones del estudio, en un cajón de madera, cubiertas con una capa de viruta, se habían dejado unas granadas, de las que se utilizaron en la película anterior, de argumento bélico, gran parte de las cuales, pintadas de amarillo, eran reales.

Moviéndose con todo cuidado, retrocedió, alejándose del sitio que ocupaba, sin que nadie se percatase de su movimiento gracias a que todos estaban absortos en la contemplación de la secuencia.

Con paso felino, cubrió a gran velocidad la distancia que le separaba del fondo del estudio y, cuando estuvo junto al cajón, levantó la viruta y se apoderó de una de aquellas granadas, pintada de amarillo canario. La apretaba con fuerza en la mano, recordó los cuatro meses que había pasado en Corea, y bendijo aquel tiempo, ya que le habían hecho capaz de manejar aquellas granadas y, por lo tanto, podría utilizar la que ahora apretaba su sudorosa mano.

Volvió de nuevo a su lugar.

Mirando de reojo a Mattison, vio que éste sonreía. La escena, en efecto, se desarrollaba con toda perfección y las cámaras estaban obteniendo planos interesantísimos del descenso de aquella supuesta falsa astronave sobre el falso desierto de Nevada.

La iluminación era perfecta, y el colorido, así como el procedimiento de «spacioscope», iban a dar al público una sensación de realidad verdaderamente impresionante. Todo marchaba a las mil maravillas. Y sólo él, entre aquellos hombres

satisfechos del trabajo que estaban llevando a cabo, sabía el peligro que se corría allí. Sus ojos se clavaron sobre la grisácea superficie del cosmonavío, que ahora estaba a menos de dos metros del suelo. Nubes de vapor brotaban de sus toberas y hacían que la arena acumulada sobre el escenario que representaba el desierto de Nevada subiese en remolino alrededor de la astronave, dando un efecto de tormenta, en pequeño, cuyo ruido era captado por las cámaras de sonido.

Dos metros.

«Dentro de pocos instantes —pensó—, el aparato se habrá posado sobre el suelo. Y todos estos estúpidos, que ahora me rodean complacidos, no se percatarán de que los tres personajes que saldrán del cosmonavío son, en realidad, tres peligrosas criaturas extraterrestres, tres seres que vienen a causar un daño espantoso a la desarmada y pobre humanidad».

Pero él no iba a consentirlo.

Un metro…

La nave estaba posándose sobre el suelo arenoso. Las toberas dejaron de escupir la humareda que hasta entonces había cubierto casi por completo la visión del cosmonavío. Al dejar de vomitar sus chorros de humo, un silencio cargado de presagios se extendió sobre el estudio, violado tan sólo por el zumbido apagado y suave de las cámaras tomavistas.

La expectación se leía en los rostros.

Se estaba esperando el momento más importante de toda la secuencia: aquél en que la puerta corrediza de la astronave se abriría y Linda Thorer, así lo creían los demás, saldría del cosmonavío, pistola en mano, con su curioso vestido de astronauta marciana, seguida por los otros dos viajeros, que bajarían junto a ella para contemplar, con mirada absorta, aquel primer paisaje del planeta al que acababan de arribar.

Y la puerta empezó a abrirse.

Sin dejar de mirar el orificio que iba ampliándose por momentos, las nerviosas manos de Olson apretaron la palanca de la bomba y el anular de su mano izquierda extrajo la anilla, al tiempo que su puño derecho se cerraba.

Fuera el resorte de seguridad del artefacto, la mano derecha apretó con fuerza la palanca, mientras el orificio de la puerta de la

astronave se hacía más y más grande…

No dudó más.

Saltando por encima de la mesita que el director tenía a su lado, derribando el vaso de *whisky* con el pie, Olson corrió hasta la distancia que juzgó conveniente y, desde allí, con aquella precisión que le había hecho famoso en Corea, lanzó la bomba, que penetró por la abertura de la puerta del cosmonavío. Casi instantáneamente se produjo una explosión que sacudió la nave, al tiempo que alrededor de Charles, de un Charles sonriente y triunfante, la gente gritaba, como alocada, al correr hacia él para reducirle por la fuerza, aunque, en realidad, Charles Olson no intentaba escaparse de nada ni de nadie.

EPÍLOGO

Estaba de nuevo en el manicomio…

Al abrir los ojos, Charles tropezó con la odiosa visión de aquellas paredes acolchadas. De inmediato, se sentó en su lecho, frotándose los ojos con verdadero furor, como si hubiese deseado arrancar de sus retinas las imágenes que jamás hubiera querido contemplar una vez más.

Pero estaba allí.

Para percatarse de ello, Olson se puso en pie y caminó hacia una de las paredes, a la que golpeó con los puños cerrados.

«¿Es que no he hecho esto mismo antes?», se preguntó, angustiado.

Si las cosas seguían de aquel modo, no había duda de que terminaría justificadamente loco, y que su estancia allí sería lo único normal que podría sucederle.

Pero…

Lo curioso era que poseía un «doble recuerdo» de aquella celda.

«Veamos —se dijo—; he estado aquí una vez, la primera, cuando me trajeron del cuartel de policía, en compañía de Milton…

»¿Estará él ahora aquí?

»Me encerraron por intentar demostrar que Linda no era Linda y que se trataba de una extraña criatura espacial, como se descubrió en aquel famoso negativo.

»Mas ¿y después?

»Porque yo he estado en el estudio “después” de aquello. Linda; es decir, Desma, la marciana, me sacó de este sanatorio adormeciendo hipnóticamente a todos los que pudieron y debieron evitar mi fuga.

»Luego me llevó en su coche».

Hasta allí, los recuerdos funcionaban de manera perfecta, si es que había algo perfecto en aquel condenado asunto. Lo último que recordaba era el instante en que, sentado en el coche de la falsa Linda, contemplaba el rostro de la marciana, deseando tener en aquel momento una pistola para terminar para siempre con la pesadilla y el peligro que para los humanos representaba la presencia de las tres criaturas extraterrestres.

La puerta de la celda se abrió.

Olson se volvió, sorprendido, y vio que la silueta del doctor psiquiatra se recortaba en la entrada de la celda.

—¿Quiere usted venir conmigo, señor Olson? —preguntó éste.

Charles hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y siguió al doctor, a lo largo de aquel pasillo que reconoció a la perfección. Incluso, cuando se cruzó con el guardián del piso, recordó haberlo visto, adormecido, junto a la puerta, cuando «Linda» permitió que se fugase.

Entraron en el despacho del médico.

—Siéntese, por favor —dijo éste.

Luego tendió un cigarrillo a Charles, que lo agradeció con una sonrisa y lo encendió seguidamente.

—Quisiera saber una cosa, doctor —preguntó, después de haber echado la primera bocanada de humo por la boca.

—Diga.

—¿Recuerda cuándo he estado aquí antes… hace poco tiempo?

El psiquiatra frunció el ceño.

—Nunca estuvo usted aquí antes —repuso.

—¿Está usted seguro, doctor?

—Por completo.

—Y ¿cómo explica entonces que recuerde perfectamente la celda, el pasillo, y el rostro de usted, así como el aspecto del guardián de mi piso?

—Hay muchas cosas extrañas en este asunto, señor Olson. Yo también desearía preguntarle algunas cosas.

—Le escucho.

El médico se pasó la mano por el mentón, como si reflexionase de manera intensa; luego, levantó la cabeza y miró con fijeza los ojos del hombre que estaba sentado frente a él.

—¿Cómo pudo saberlo? —le preguntó.

—Saber, ¿qué?
—Lo que había dentro de la astronave; ¿cómo se percató de que el cosmonavío no era el mismo que los escenaristas habían fabricado?
—Porque lo sabía.
—¿Eh?…
—¿No lo entiende?
—No.
—Todo lo que sucedió, doctor, lo sabía yo «porque ya había sucedido».
—Bien, pero vayamos por partes. Usted estaba en el estudio y, de repente, tras haberse apoderado de una granada, la lanzó contra la cosmonave, cuando la puerta de ésta se abría. ¿No fue así?
—Sí.
—Luego, usted adivinó…
—No, doctor. Yo sabía. Vuelvo a decirle que yo no hubiera podido adivinar nada de no saberlo antes. Por ejemplo, ya le he dicho que estuve otra vez aquí.
—Usted cree haber estado aquí.
—Estuve, pero no discutamos sobre esto. ¿Por qué me han traído de nuevo a su clínica, doctor?
—Porque le creyeron loco.
—¡Ah!
—Cuando lanzó la granada, la reacción normal de los que le rodeaban fue la de creer que usted había perdido la razón. Le dominaron, aunque tuvieron que golpearle, y me pidieron una ambulancia.
—Y ¿usted cree que estoy loco?
—No.
—¡Eso sí que es bueno!
—Al principio —confesó psiquiatra—, creí que se trataba de un ataque de paranoia, pero, cuando me llamaron desde los estudios…
—¿Quién le llamó?
—La policía. Cuando se produjo la explosión, corrieron para ayudar a los tripulantes de la nave.
—¿Y bien?
—No eran humanos.
Olson se quedó boquiabierto. Durante un par de minutos fue

incapaz de decir nada.

Luego preguntó:

—¿Seguro?

—Sí. Se trataba de tres criaturas monstruosas, de ligera apariencia humana, meros esqueletos cubiertos por una piel…

—… que parecía barro cocido, ¿no es eso, doctor?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

Olson sonrió.

—Siga, por favor.

—Por otra parte, los técnicos que examinaron la nave fueron contundentes en sus conclusiones: no se trataba del cosmonavío construido en los estudios. Procedía del espacio exterior, de algún otro mundo.

—De Marte, doctor, de Marte.

—¿También está seguro de eso?

—Por completo. Y deje que le diga que los tripulantes de esa nave eran dos «hombres» y una «mujer». Ellos se llamaban Akra y Ornuz; ella era Desma.

—Es curioso.

—¿Que sepa todo eso?

—Sí, no lo entiendo.

—Yo tampoco, doctor. Por una parte, tengo la seguridad de que «han ocurrido muchas cosas» en el corto espacio que tardó la nave espacial en bajar desde lo alto de las grúas hasta el falso desierto de Nevada.

—Tendremos que charlar de eso, amigo mío.

Charles se puso en pie.

—En cualquier otra ocasión, doctor. ¿Puedo irme ahora?

—Claro que sí.

—Gracias.

Fue en aquel momento cuando el teléfono que había sobre la mesa del doctor se puso a repiquetear con insistencia.

El psiquiatra descolgó el aparato.

—¿Diga?

Escuchó con atención. Luego, mirando con fijeza a Olson, asintió.

—De acuerdo, se lo diré. Está aquí todavía.

Posó él microteléfono sobre la horquilla.

—Era para usted —dijo.

—¿Quién me llamaba?

—Es un aviso del Hospital Central. Alguien que hay allí desea verle. Es curioso…

—¿Qué?

—¿Cómo dijo usted que se llamaba esa… marciana?

—Desma.

—Pues ése es el nombre de quien le reclama junto a su lecho de muerte: una de las criaturas que había en la astronave no murió a causa de la explosión de la granada que usted lanzó: Desma. Y ahora le llama; pero ¿cómo demonios ha sabido que estaba usted aquí?

Olson sonrió.

—«Ellos», doctor —repuso—, son capaces de muchas cosas. Y ahora, por favor, perdóneme.

—Seguro. ¿Vendrá usted a contarme algo cuando le sea posible?

—Se lo prometo.

* * *

Una intensa emoción se apoderó de él mientras se hacía llevar, en un taxi, al Hospital Central.

¡Desma viva!

Tenía la sensación, por un lado, de haber cumplido con su deber de terrícola, de haber contribuido a deshacer el peligro que se cernía sobre su planeta.

Pero, por otro lado, una sensación de pesar le embargaba. ¿Cómo se había decidido a lanzar aquella granada contra la astronave de los estudios? ¿Y si se hubiese equivocado?

Una vez en el hospital, se sorprendió al ver el grupo de policías que ocupaban la sala de recepción; uno de ellos, con el grado de teniente, se acercó a él en cuanto Charles traspasó el umbral de la puerta.

—¿Señor Olson?

—Sí.

—Venga conmigo. Le acompañaré.

Se dirigieron hacia los ascensores.

—¿Sigue con vida? —preguntó Charles, mientras el vehículo les

llevaba hacia la parte alta del edificio.

—Creo que sí.

—¿La ha visto usted?

El policía torció el gesto.

—Sí. No es nada agradable, ¿sabe?

—Lo supongo.

Habían llegado. La puerta se abrió y ambos siguieron el pasillo hasta detenerse ante una puerta vigilada por una pareja de policías armados hasta los dientes.

—Es aquí —dijo el oficial.

Y llamó a la puerta.

Un hombre con bata blanca la abrió. Al entrar, Olson vio que la habitación estaba ocupada por media docena de hombres, todos vestidos con batas.

El lecho estaba al fondo.

Uno de los médicos, o profesores, como Olson supo más tarde, se adelantó, sonriente.

—Le ha llamado, señor Olson —dijo—. ¿No es extraordinario?

—Creo que sí.

—Usted, ¿no la había visto nunca?

—No puedo decírselo. ¿Me permite?

Se acercó al lecho.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no volverse y abandonar la habitación a toda velocidad.

¿Aquella cosa era Desma?

Mordiéndose los labios, haciendo de tripas corazón, siguió acercándose al lecho. Allí estaba la marciana, monstruosamente vieja, tal como él la había visto, junto a Milton, en la proyección de ensayo.

—Acércate…

La voz sonó con claridad. Pero los labios descarnados no se movieron. Detrás de Olson, los médicos se habían acercado, haciendo corro, curiosos y atentos a todo lo que sucedía.

Charles se acercó.

—No soy nada agradable, ¿verdad? —dijo la voz.

Olson no supo qué decir.

—Escucha —prosiguió Desma—. Ha sido una suerte para mí no haber muerto en seguida, como mi padre y Ornuz.

—Yo no quise… —balbució Charles.

—Calla. No debes culparte de nada. Yo te explicaré todo… ¿Me escuchas?

—Sí.

Uno de los presentes apretó el botón de un magnetófono; la cinta empezó a girar dulce y silenciosamente.

—Veníamos a la Tierra —explicó Desma— porque la máquina-doctor recomendó a mi padre unas vacaciones… Marte es un mundo demasiado perfecto y muy cerebral; un mundo sin sentimientos. ¿Me oyes?

—Sí.

—Nuestra nave sufrió una estúpida avería. Has de saber que existe una ley muy severa que nos prohíbe entrar en comunicación con los habitantes de otros mundos.

»Por eso temíamos que nos descubrieseis. Por fortuna, nuestro sistema telepático descubrió, con la natural sorpresa para nosotros, la existencia de otra nave, una imitación con la que vosotros estabais haciendo una película.

—Así es.

—Aprovechando aquella maravillosa ocasión, lanzamos la falsa astronave, mediante un chorro magnético, al espacio exterior. Y dejamos que la nuestra, que ya caía sin remisión, sustituyese a la otra.

Hubo una pausa.

—Fíjate bien en lo que voy a decirte, Charles. Nosotros somos una raza pacífica, puramente cerebral. Pero no podemos permitir que se descubra nuestra existencia.

»Por lo tanto, mi padre, como mayor responsable de todo, dispuso que, en el momento que se abriese la puerta de nuestro cosmonavío, disparásemos sobre vosotros y os matáramos, antes de que supieseis de nuestra existencia.

—¡Ah!

—No teníamos otro remedio, querido…

Olson se estremeció al oír aquella palabra.

—Perdona —dijo la voz de Desma—. Es la costumbre la que me ha hecho llamarte así.

—No tiene importancia.

—Seguiré. Estábamos preparados, con las armas en la mano,

mientras nuestra astronave descendía con lentitud hacia vosotros. Entonces, súbitamente, movida con seguridad por una curiosidad femenina, proyecté mi mente telepática hacia el exterior.

»Me divirtió de manera extraordinaria leer los pensamientos de los terrícolas del estudio; pero, de repente, mi menté tropezó con la tuya…

—¿Con la mía?

—Sí. Había algo que me atrajo hacia tu cerebro. Los de los demás estaban repletos de deseos vulgares: unos pensaban en dinero, otros en la fama, los más en que llegase la hora de dejar el trabajo.

—¿Y yo?

—Pensabas en Linda. Al principio, no comprendí lo que pasaba en tu cerebro porque, en realidad, yo era incapaz de entender. Ya te dije, y luego te diré cómo, qué nuestra supercivilización marciana ha borrado definitivamente los sentimientos de nuestro espíritu.

—Sí, me lo dijiste.

—Al descubrir en tu mente algo tan sublime, tan limpio, tan maravilloso, me estremecí. Comprendí entonces que, si bien erais inferiores en civilización y avance técnico, poseíais un tesoro fantástico.

»Volví la cabeza y vi a mi padre y a Ornuz que empuñaban sus pistolas desintegradoras.

»Me estremecí.

»¡No podía consentir que alguien como tú muriese! ¿Cómo permitir que tus hermosos sentimientos se convirtieran en nada? Me decidí en seguida.

—¿Qué hiciste?

—Vivir a tu lado lo que hubiese deseado conocer antes. Dedicándome completamente a ti, te hice sentir lo que yo experimentaba y así viviste, en unos cuantos segundos, toda la aventura que, al mismo tiempo que satisfacía mis deseos de ser amada, aunque fuera bajo el aspecto de otra criatura, te prevenía del peligro que corríais.

—¡Dios mío!

—Sólo tú, Charles, viviste aquello. Ninguno de los hombres que te rodeaban tomaron parte consciente en nuestra aventura; pero el tiempo corría y tuve que detener mi proyecto cuando te hacía

imaginar que estábamos juntos, en aquel coche, cerca del acantilado.

—Entonces, ¿todo fue un sueño?

—No. Fue realidad, tan intensa y cierta como la que ahora vives. Vosotros, los terrícolas, no podéis permitiros esas evasiones reales. Lo que hice, amor mío, fue dilatar el tiempo, abrir un paréntesis en el curso de los segundos, ampliar para mí esa cuarta dimensión para conseguir un poco, sólo un poquito de felicidad.

—Y ¿luego?

—Cuando vi que ya no podía dilatar más el tiempo, influí sobre ti para que encontrases el medio de destruirnos. Fui yo quien descubrió en tu mente la existencia de esas granadas, en el fondo del estudio.

—Y ¿condenaste a los tuyos a la muerte?

Hubo un silencio.

—Sí —repuso la voz de Desma, cada vez más débil—. Para un marciano, después de cinco o seis siglos de existencia, la vida monótona empieza a pesar.

—Pero…

—¡Cuánto más hermosa es vuestra existencia, siendo mucho más corta! Es una lástima que un día, avanzando como lo hacéis, os ocurra lo que a nosotros.

»Descubriréis sueros para prolongar la vida, las máquinas harán todo el trabajo de vuestro planeta. Y entonces, Charles, vendrá lo peor; el aburrimiento, el cansancio, el tedio espantoso que crea un insondable vacío en las almas.

»Por fortuna, amor mío, tú no conocerás esa terrible época. Habrás muerto ya, pero tu vida al lado de Linda, cuya falsa nave se está posando en estos momentos junto a vuestra ciudad, será mucho más intensa que las de esos desdichados hombres del futuro.

»Una vida corta… ¡cuánto hubiese dado yo por poseer ese tesoro! Una vida justa de dimensiones, pero llena de anhelos, de penas y de alegrías, de amores y de desilusiones, de besos y de lágrimas.

La voz calló.

Al cabo de unos instantes, uno de los doctores se acercó al lecho y dijo:

—Ha muerto.

Otro de los profesores paró la cinta magnetofónica.

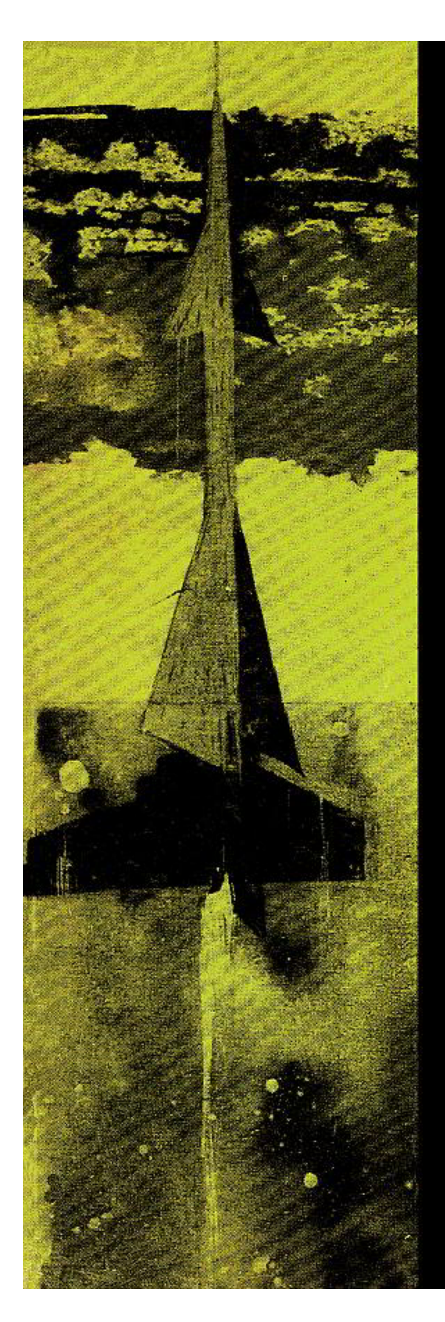
Olson abandonó la sala y después el hospital. Mientras se dirigía a los estudios, pensó en Linda, a quien iba a encontrar, con toda seguridad, esperándole.

Empezaba a atardecer.

Charles levantó la cabeza y miró hacia las lejanas estrellas. No pudo hallar a Marte, pero no le importaba. Su corazón latía alegremente al tiempo que recordaba las palabras de Desma.

«Una vida corta… pero llena de amor, de besos y de lágrimas».



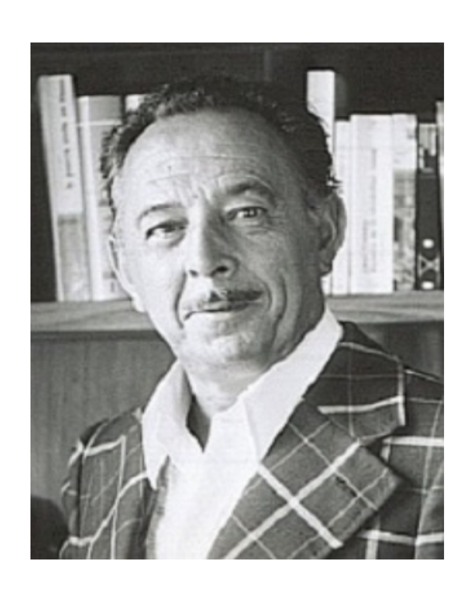


Cuando la nave zarpó, sus tripulantes dijeron: "¡Adiós, Tierra!". Estaban equivocados. La frase correcta era:

¡HOLA, TIERRA!

otra novela del autor:
Clark Carrados

Precio: 8 ptas.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.